JOSÉ ELÍAS LÉVIS

EL ESTERCOLERO

Dedicado parte de su producto á las viudas de los pobres, y de los huérfanos en la miseria por el huracán del 8 de Agosto de 1899.

"Cuantos infelices niños hay que no tienen mas cuna que los brazos de su madre, ni mas medicina que sus besos."

***

PRECIO 50 CENTAVOS.

PONCE, P. R.

Imprenta de Manuel López.

1899.

Bought in Ponce

JOSÉ ELÍAS LÉVIS

EL ESTERCOLERO

Dedicado parte de su producto á las viudas de los pobres, y de los huérfanos en la miseria por el huracán del 8 de Agosto de 1899.

"Cuantos infelices niños hay que no tienen mas cuna que los brazos de su madre, ni mas medicina que sus besos."

***

PRECIO 50 CENTAVOS.

PONCE, P. R.

Imprenta de Manuel López.

1899.

PQ7439
.L5 E87
1899

Gift. Alice B. Gould. Dec. 1, 1941

Je-16-44m

97-175901

Dedicatoria

AL PUEBLO

A ese pueblo, que conozco sus aspiraciones y dolores, dedico mi libro.

JOSÉ ELÍAS LÉVIS.

PROLOGO

El lector, sabe, es posible, lo que vale un libro; pero no sabe, sin duda, lo que es escribir un libro.

Y luego, la opinión y el juicio públicos, varian conforme la índole del libro.

Presenciar, pongo por caso, en toda la tremenda amplitud del escenario humano las luchas que en él se desarrollan, tiernas unas, tristes otras y semitrágicas todas;

Acumular ideas, estudiar caracteres, combinar en la gama del arte caracteres ó ideas dando expresión, tono, colorido y forma á esas naturales manifestaciones de la vida en sus múltiples particularidades y peripecias, no es caso ni cosa que no deba tomarse en serio.

Por la magnitud de semejantes empeños viven en la fama y perdurarán en la historia: Cervantes en España, Hugo en Francia, Dikens, en Inglaterra, Amicis, en Italia, Isgac, en América, etc.

Añadir un nombre más á la lista de laboriosos que han poblado el mundo en toda su latitud, con la resultante de su trabajo intelectivo, no es tampoco caso ni cosa que se pueda celebrar á diario.

José Elías Levis, es el nuevo batallador, el ungido que como un peregrino procedente de las regiones del ideal y de los sueños, toca con mano firme el picaporte del para muchos infranqueable pórtico de la gloria y la gloria le franquea sus puertas abriéndole paso á éste mozo que, con los más estimables títulos, justificará su presencia en el envidiable recinto.

Tener talento es algo, como tener la varita de virtudes de que nos hablan en sus cuentos y de noche, las abuelas.

Intentar escribir un libro es algo, como querer juzgar, fizcalizar y sofuzgar á la sociedad universal. Na-

die que no se sienta juez, fiscal y fuerte ha pensado jamás en tamañas empresas.

Escribir un libro, eso es lo magno, eso es lo plausible, eso es lo sorprendente.

Escribir un libro bueno, eso es lo glorioso, eso es lo admirable.

Levis es bueno, y se ha sentido Juez:

Es conciente, y se ha sentido Fiscal.

Tiene talento, y se ha sentido fuerte.

Levis, ha escrito un libro y un libro bueno.

Pero no basta asegurar que algo es bueno *motu propio*, es preciso que se haga conocer una cosa tan escasa como es un cosa buena. A eso vamos:

La obra de Levis es buena, porque ella está humanamente vista por su autor, humanamente pensada y humanamente escrita.

La ciencia tiene principios inalterables y el arte tiene reglas inalterables también.

¿Qué conocimientos, qué genio, qué habilidad, ha menester un varon ó una hembra para ordenar en capítulos y partes una serie de hechos, cosas é individuos en la mayor ó menor capacidad de un volúmen? El conocimiento del yo que equivale á conocer el todo en la parte, el sabor del oceano en una gota, la normalidad del tiempo en el ritmo, lo infinito del espacio en la ruta de un sol; El genio del bien, de la observación, del análisis, de la apreciación, de la deducción, de la reproducción y de la paciencia;

La habilidad de la época, del gusto, de la preocupación, y de la moda.

Las atenciones del lugar son por manera severamente lógica, perfectamente conocidas de todos los entendimientos sanos.

El lugar del hombre es todo el mundo, el del Aguila todo el espacio, el del reptil todo polvo, todo escondrijo, toda grieta, todo detritus.

La obra de Levis es un amacijo de todo lo apuntado. Ella tiene todas las imperfecciones del hombre, parte única, exclusiva y permanente que la inspiró; Las excelsitudes del vuelo del Aguila que trasponiendo límite tras límite, horizonte tras horizonte, atmósfera tras atmósfera, no pasa, no atraviesa no sale jamás

del ínfimo límite de su condición. Ella tiene en las revueltas de sus páginas, la ponzoña que envenena el vaho de la miseria mundana que asfixia, el miasma nocivo que daña, la tristeza íntima que contagia, la perversión que subleva, y la imbecilidad humana que inspira lástima.

Ved ahí, ¡ cuanta porquería encierra la sociedad del hombre con el hombre y con la mujer!

Ese es el mundo que entristeció al padre Goeteh, que rebeló al pobre Voltaire y que fastidió al pobre Juan Jacobo.

Cuantas grandezas caidas, cuantos hombres buenos rodando envueltos entre mendrugos de pan, girones de harapos y girones de gloria.

Cuantos hogares sin luz, cuantos ciudadanos sin derechos, cuantos derechos usurpados, cuantos usurpadores en la cima.

Justicia, Conciencia, Derecho, Fama, nada.... nada....nada....

Este infeliz de Levis, es otro San Juan Crisóstomo, un predicador de doctrinas santas y buenas.

Un hombre que quiere echarse á cuestas todo el peso de la culpa que corresponde á los pillos, á los prevaricadores, que traen á la parte de la humanidad más sensible todo hecha un mar de lágrimas, lágrimas que no escardan la pupila, que corren por dentro, que queman y que matan.

¿ Y quién es temerario á establar una *litis* formal con esos incorregibles ?

Si eso se lograra, un dia, el mundo sería estrecho para contener las gotas de rocío de las almas arrepentidas, cosa que nunca creí cierta ni aún en la débil Magdalena, apesar de haber lavado con sus propias lágrimas las llagadas plantas del Cristo.

La humanidad ni se arrepiente ni se enmienda.

Es un caso patológico rebelde á todo tratamiento.

Por eso el libro de Levis no tiene otra cosa mala que es el haber escogido al hombre como tipo para hacer un retrato que de puro parecido, está, como digamos, hecho solo.

Ese hombre de *Estercolero* es el mismo de "La bestia humana" el mismo de "Los Trabajadores del

Mar," el mismo de "La Pálida," el mismo de "Garduña." Zola, Huron Lopez Bago, Zeno Gandía y Levis no han escrito novelas, novela es ficción; han escrito crónicas vivientes de todos los lugares, de todos los siglos, de todas las civilizaciones.

Hay libros mentira y hay libros verdad.

Levis acaba de escribir un libro verdad.

Yo acabo de escribir la portada de ese libro, grande como todo libro que no sea obra de un alabardero ó de un lacayo ó de un acólito de las sociedades.

Mi portada es la obra palmaria de mi cerebro desordenado, de mi conciencia desordenada, reflejo de un mundo desordenado, de un mundo que vivirá en el porvenir como vive en el presente y vivió en el pasado! ¡en plena anarquía, en pleno *Estercolero!*

TOMAS CARRION.

CAPÍTULO I.

FANGO

Una porción de chiquillos y gentes de mal vivir; desarrapados, sucios, con las greñas largas cayendo sobre las frentes, sin sombreros casi todos, de aspecto patibulario y con caras de hambre, se habían agrupado á la puerta del bodegón, riéndose á carcajadas, chillando, empujándose, huyendo del repentino aguacero.

El polvo amarillento de la calle sorprendido, hovado por aquella brusca arremetida, dejaba escapar como si protestase, ese olor de tierra humedecida "segundo olor de la naturaleza" como ha dicho Alarcón.

Nada más común en todos los pueblos, que el bodegón donde se habían guarecido aquellos pillastres. Casas de comidas, los pobres encuentran por algunos centavos un plato con que reponer las exigencias del estómago, esa necesidad imperiosa que, como tributo fatal hay que pagar toda la vida á ese espantajo que pesa sobre la humanidad y que se llama "hambre."

Algunas mesas cubiertas con pedazos de hule que dejan ver por algunos agujeros la suciedad de las tablas; largos bancos de madera, único y duro asiento, pacientes testigos de aquella decoración de la miseria; desgarrados sacos de neñiquen, cortinaje burdo y grosero colgando de un extremo á otro, especie de andrajo de la porquería, es lo que primero insulta los ojos del que allí penetra.

Las paredes no se blanquean en mucho tiempo; ennegrecidas por el humo de las lámparas de gas, grasosas, sucias, asquerosas, dejan ver por algunos trozos

desconchados, los ladrillos; en algunas partes hay muñecos mal dibujados, palabras indecentes, nombres de personas desconocidas, números, pedazos de anuncios viejos, señales de manos tiznadas y densa cortina de telarañas colgando del negro tabique como encajes de adorno en todo lo que significa suciedad y abandono.

Sobre un cajón que sirvió para contener latas de gas, se exhibe una pequeña batea donde sobre algunos pedazos de papel de estraza, hay, puestos en montones, algunos pescados fritos de mal aspecto, sin cabeza casi todos y que dá pena ver allí; rebanadas de batatas cocidas, plátanos, y pedacitos de hígados de cerdos, tripas, cosas que se venden y que me parece no tienen nombre; todo ennegrecido, grasiento, frío, repulsivo, despojos de las carnicerías, pingajos repugnantes de mal olor, cuya manteca helada los cubre de una capa blanquecina, y donde mete las manos de cuando en cuando un chiquillo desnudo, de cara sucia y nariz llena de mocos.

En la cocina, que no es mas que cajones llenos de tierra y anafes rotos, chirrea dentro de una negra sartén, un guiso de penetrante olor mezcla de ajos y aceites, saturando la atmósfera de aquel infierno con honores de bodegón.

Sobre el suelo que más bien parece el suelo de inmundo calabozo, la tierra ha formado una capa, y en un rincón hay tirados algunos líos de ropa, monturas de caballos, sombreros sin formas, y un viejo paraguas salpicado de barro, que destila agua.

En otro rincón, un borracho echado en el suelo, manchada la cara con saliva de tabaco, se muerde la boca, haciendo crujir los dientes, murmurando frases incoherentes, palabras sordas, murmullos roncos, estúpidos como su borrachera.

Algunos han cruzado los brazos sobre la mesa y doblegando la cabeza sobre los brazos, roncan estrepitosamente Afuera, en la calle, el aguacero arrecia; unos salen, otros entran, las mujeres llevan demasiado alzados sus vestidos, importándole poco enseñar las piernas, se acercan á lo que no me atrevo llamar cantina, compran dos ó tres centavos de ron y vuelven á sa-

lir, dejando sobre el sucio suelo las húmedas huellas de sus pies.

Algunos hombres se han cubierto con levitas viejas, y pasan corriendo á lo largo de las aceras donde el agua cantaletea en las cunetas, arrastrando conchas de cocos, basuras y pedazos de tablas. En otro extremo del bodegón, tres carreteros apoyados en sus garrochas, mojados hasta los huesos, tiritando de frío, fuman húmedos é infames cigarros que no quieren arder, mientras los pobres bueyes quietos soportando humildemente el peso de la carreta, resuellan fuertemente; sobre su rugosa piel que ostenta algunos hilos de sangre, el agua resbala suavemente sin humedecerlos, cayendo y confundiéndose en la encharcada calle.

En el bodegón se bebe; hace frío, la ropa está pegada al cuerpo y es necesario calentar un poco el estómago. Sin duda que, el ron empieza á hacer efectos, porque de dentro de una especie de gabinete cerrado, construido de un modo grosero, se escuchan alegres carcajadas.

¿Quién se rie así?

Lo de siempre; el eterno tema, la lepra social, el desorden, el vicio. Dos ó tres mujeres alegres beben y rien en compañía de cuatro jóvenes....alegres también. Las ropas descuidadas, peinadas de cierto modo, cruzadas las piernas, ostentando en todo su ser ese descoco propio de la cocotte, recostadas las sillas, echando al aire bocanadas del humo de los cigarrillos, los ojos chispeantes en aquellos rostros pálidos, fatigados por los excesos, babeados y lamidos por impúdicas caricias, rien como unas locas.

Oye, Pepela—decía una regordeta, fingiendo colores que habían huido ya de sus mejillas—el agua nos ha mojado los papeles; te aseguro que, de seguir así pronto tendremos encima el condenado recibo del mes de la casa; y que haya hombres tan poco decentes que se dejen conocer por semejantes porquerías....vaya; si no hay ninguno que merezca la menor estimación; si son unos canallas y unos miserables....quisiera que me diese rabia, pero ya ves, me dan ganas de reir.

Y soltó una risa seca, histérica, especie de despecho mal encubierto.

—Siempre estás tú, Siempreviva, hablando mal de los hombres—exclamó de mal modo un robusto mozo con cara de matón, dando fuertemente con una botella sobre la mesa, haciendo saltar los platos,—me tienes ya harto de tanta charla, y te voy á hacer pasar un susto.

—No sufras tanto, chico, y si no te gusta no lo comas; á buen seguro, tú sí que me tienes harta hasta las narices.

¡Vamos, vamos, Manolo, déjate de disputas.

Pero, si es verdad.

¡Silencio!

Que no me callo; á cuenta de guapo ó de lo que sea, viven de una, le arrancan los cuartos y después... puntapiés, y gracias.

Porque te lo mereces; no eres mas que una escandalosa, y te voy hacer saltar un ojo de un pescozón.

A mí... claro; eres un vago, un borrachín, no trabajas, pero te gusta que te mantenga y te regale fluses como el que llevas puesto, y te dé dinero, y si no te lo doy me lo quitas y me empujas al vicio para que trabaje para tí, y te haces la vista larga cuando te conviene y cuando no quiero me pegas para sacarme los cuartos... sin vergüenza.

Ea, se acabó; déjense de charla, Siempreviva, cállate.

¡Peró miren la pelona ésta!

Que se acabó he dicho.

Vamos, Manolo...

Si esta es una charlatana de primera y le voy á...

Si quieres, dame, ¡cobarde!

Y te arranco ese pelo postizo, agallúa.

No tienes vergüenza en esa cara.

¡Vamos, niña!

Y las sillas rodaron, y la mesa osciló; acudieron algunos de los de fuera y se oyó el chasquido de una bofetada.

¡Qué desorden es ese, gritó el amo de la fonda, fuera... fuera de aquí!

Ese... ese infame... que me ha dado... en la cara... un pescozón... abusador.

¿Y por una bofetada has armado tanto escándalo,

cuando te han dado como un millón... y las que te faltan?

Y la chacota y la risa se sucedieron á las lágrimas de aquella hija del vicio.

Bueno, bueno, dijo Pepela, venga ron; vamos á cantar y que lluevan todo lo que quiera.

Eso es, eso es; que se limpie la cara. Siempreviva y cante una guaracha.

Yo... si tengo un coraje...

Manolo hazle una caricia y se acabó. Siempreviva dale un beso á tu hombre... ja, ja, ja.

¡Si yo lo quiero! á quién tanto como á él? ¡Verdad mi vida?... mira; aunque me has dado, ya se me quitó el coraje... ¿por qué me pegaste?... Y se colgó de los hombros de aquel bribón que momentos antes la había puesto las manos en la cara. Lo besó ansiosa, enamorada; con ese amor salvaje y extraño de la mujer pública; todavía una lágrima, una gota blanca como una perla bailaba en las negras pestañas de sus ojos. Y el dorado licor cayó de nuevo en las grasosas copas; se volvió á beber, los platos se recogieron y sonaron palmaditas mientras el mozo de la fonda limpiaba el hule de la mesa con una toballa sucia y cochambrosa.

Una guaracha, ese canto de sabor popular gracioso y de música animada, se dejó oir. No había instrumentos, pero las cucharas y los platos acompañaron. El ron bullía en los vasos, formando burbujas. Y volvieron la charla, las risas, la bullanguería y los azulados giros del humo de los cigarrillos.

Es la charca donde coloca el ilustre novelista Zeno Gandía, las "Páginas de un mundo enfermo"; el estercolero, donde se agitan como gusanos el vicio y el desorden convertidos en materia que hiede y trasuda el veneno de su organismo; pantano de aguas cenagosas y podridas, donde la humanidad no tiene inconveniente bañarse en su propia obra. Es que el mal va siguiendo paso á paso las evoluciones de la vida; es que va fundiéndose, salpicando con su lodo las contorsiones del progreso humano; es que insulta la luz, y se ríe con Mefistófeles, como si comprendiese su infernal poderío, mostrando que solo se alimenta de lágrimas y di-

nero, enseñando á los que sienten sonar sus pasos profundos y extraños en las calles de Pompeya, letreros rojos que aún subsisten como recibos de vicio que la humanidad ha aceptado y que dicen: "Casa de prostitución" "Baile de ignominia."

Tiradas al basurero social sobre el que arrastran las colas de sus vestidos, la mujer pública camina orgullosa y despreciativa, contoneando con provocación sus caderas. ¿Qué idea tiene de sí misma ni de lo que la rodea? ¿Lo sabe ella acaso?

¿Ha sido mala porque sintió el vicio culebrear dentro de su esqueleto y de caida en caida cayó en la vorágine del mal? ¿Piensa ó siente? ¿Camina, atraida por el caos de su vida ó escucha gritar algo dentro de si?

He interrogado alguna de estas infelices y he sentido pena en el corazón, al oirla contestarme sarcástica y burlona, riéndose de mis palabras que no ha podido comprender. Saben se las toma por un puñado de monedas, revolcándose en el comercio sensual han puesto tarifas á sus besos y sus caricias; comprenden que se las desprecia pero que también se les busca; se rien del infeliz arrastrado por ella á un amor criminal; su corazón metalizado, seco, frío, no siente ni ama ya; le han cambiado su nombre llamándola con un apodo que tal vez no la disgusta; se corta el pelo por satisfacer un capricho; pelea y va á la cárcel con frecuencia inclinándose ante la repulsiva contribución de higiene; se emborracha y se rie con carcajadas homéricas, devolviendo al mundo desprecio por desprecio....y sinembargo en ocasiones las he oido lamentarse de su amarga suerte, desear una vida honrada y buena, al lado de un hombre que fuese capaz de regenerarla, de trabajar por su conversión y hacerla huir de esa vida que aja su belleza, que muerde y escupe las flores del corazón. Se acuerda de su infancia, de aquella infancia dulce é inocente que pasó para no volver más. Huérfana, sin instrucción, aprendiendo lo que oía y haciendo lo que veía, vagando por las calles, con hambre tal vez, creció y bebió en el desorden....después la ambición, la idea del lujo, todos esos prolegómenos del vicio, la deshonra, el comercio sensual, la cárcel luego y el hospital después.

Alguna que otra, es casada. Contrariada en sus amores, la han empujado á aceptar por marido un hombre que la repugnaba; víctima de un matrimonio de conveniencia, sacrificada por unos padres egoistas que no titubearon en labrar tal vez si por un montón de oro, la felicidad y la paz del alma, ha deslizado una existencia odiosa, amando siempre en silencio al hombre de quien la separó el egoismo humano, y siendo adúltera ya, en el concepto moral. Lucha consigo misma pero, debe ser terrible el combate que se sostiene al lado de un hombre á quien no se ama, despreciable ante sus ojos porque ha comprado su cuerpo como una bestia cualquiera, y si surje ante su vista el ser amado para quien han sido todos los suspiros, y todas las lágrimas de algunos años de matrimonio, sin conseguir borrar su recuerdo, y no se tiene ante sí, el altar de la voluntad fuerte y el concepto alto del sacrificio antes que la deshonra, se cae, se cae sin remedio, hundiendo para siempre en el caos de la vergüenza, pudor, nombre, honor....todo, todo.

Después, después....¿qué?....pues nada; se cree feliz, su sacrificio la cuesta la vida, porque ya no es para el mundo mas que una muerta moral ¡mentira! la sospecha ha prendido fuego en el corazón del amante si no tiene la bastante elevación de alma para rechazarlo. Luego, el cansancio, las disputas, las faltas que se echan á la cara como candente bofetada, y el abandono en fin.

¿Qué le queda ya? El desencanto, el frío invierno del alma, las lágrimas de dolor ó de rabia, el amortajamiento de las afecciones, la venganza que ruge como una fiera dentro de aquel pecho de mujer ofendida, el guante de desafío al mundo, para quien no guarda más que rencores y soberbia. Un nuevo amante, y después otro y otro; así se va cayendo, cayendo, atraida por el abismo.

No justifico el vicio, ni lo defiendo; no hago mas que inquirir los cómplices de esos crímenes sociales. No vaya alguno tampoco á figurarse que vengo á echármelas de moralista ni de severo preceptista; no hago mas que revolver el estercolero humano.

Es doloroso que tenga que imponerse una contri-

bución material al vicio, para contrarrestarlo. Si se atacase el mal saneando la llaga que gotea podre contaminando la atmósfera que le rodea, sería más largo el procedimiento, pero más fructíferos sus resultados. La procreación de centros educacionistas, la educación del alma, el trabajo laboratorio del espíritu—digámoslo así—escuela de madres y prédica constante de moralidad y orden dentro del dilatado campo del sentimiento, trabajo remunerado . . . aquí llegamos á la parte principal del asunto y empiezo por soltar la pluma. Vamos á ver: (después de algunos segundos que he tenido la cabeza entre las manos) todo el mundo sabe que, tiene una gran culpa—si no toda—en la dilatación de los males sociales, lo mal que se pagan los trabajos domésticos. Se busca en la deshonra lo que no satisface una labor muy mal remunerada, máxime cuando se ha procedido y se procede con notoria injusticia. Basta que una mujer haga el mismo trabajo que hace un hombre para que no se pague igual cantidad por ese trabajo. No hace muchos días he visto en un número de la ilustrada edición dominical de "El Buscapié" un artículo participando de mi opinión en este asunto. En efecto, se arrastra una vida llena de privaciones y miserias; sobran brazos, se condena á esas pobres mujeres á una labor reducida, es decir, sin ancho campo donde emplear con más experanzas sus fuerzas. Aprenden casi siempre lo mismo; la plancha, la eterna plancha que las abrasa las entrañas, sin contar cuando sudorosa y agitada, despojadas casi de sus ropas, corren al patio para salvar de unas imprudentes lloviznas la ropa que ha planchado, por la que se paga dos ó tres miserables reales.

La máquina de coser diezma nuestras muchachas, matando su salud. Las lavanderas que van al rio están casi todo el día sin comer apenas nada, con las piernas dentro del agua, conquistando reumas y recibiendo en las cabezas los ardores del Sol. ¿Y cuando llueve? pues cuando llueve se pasan días sin poder ganar una peseta y no quiero hablar de su desesperación si un violento aguacero moja la ropa almidonada, casi seca ya.

La miseria asusta y hay quien siendo joven y bo-

nita, no acepta ese horizonte; ya lo he dicho, véndese la honra á cambio de un pasajero bienestar.

No habré desarrollado mis indicaciones con galanura de frases ampulosas ó envueltas en gasa filosófica; me saben mejor tal como las he apuntado.

He visto un gran número de muchachas del campo, verdaderos tipos de belleza artística pero rudas, sonrosadas y bonitas, separando café en los almacenes de las tahonas de vapor por cuyo trabajo solo ganaban una peseta diaria; á los pocos meses casi todas estaban en cinta ó tenían á su lado, el fruto del deshonor, hijos que legaba la maldad al mundo, hijos sin nombre y tal vez sin padres. Así se va cayendo, atraidas, empujadas al montón, al estercolero.

¿Ama la mujer pública? Si asesinan casi todos sus afecciones cuando se entregan al comercio sensual, y solo el fingimiento y la comiquería son las armas acesadas que emplea en su lucha con la sociedad, es preciso convenir que, si no hay muchas Margaritas Gautier y Manón Lescaut en el mundo de la prostitución, hay en algunas, escondido cierto contingente acusando una alma buena que no lo ha perdido todo; restos del naufragio de sus pasianes; algo puro que no ha salpicado el lodo del desorden, chispa divina que vive en un organismo enfermo. Entonces, aman tal como son y como pueden. Si su condición es grosera, su amor resulta un amor grosero, rudo, ni explicable ni explicado acompañado de borracheras, bofetadas porque se han atado á cualquier guapetón descarado, y sin vergüenza que vive de ella y que ella quiere más cuanto más la abofetea y la insulta. Si no es una mujer prosaica que todavía germina dentro de sí algún espiritualismo; que se ha reido de todo y todo lo ha insultado con su mirada y su desprecio, se siente de pronto inquieta porque se asusta de ella misma al notar la ebullición, es decir, el desperezo de aquella pasión que dormía, que la hace sentir tal vez, si por primera vez y entonces ¡ah!.... entonces es una loca, entonces ama con un amor salvaje y maldito; sus nervios la hacen crujir bajo la bata de encajes; llora, cela, se queja, riñe, insulta, rompe los adornos del tocador y cuando ha pasado la fiebre y llega la crisis se echa á reir como una chiquilla con los

ojos rojos de llorar y los labios temblorosos, despeinada y hermosa, cuelga los brazos de los hombros del amante, y comiéndoselo á besos le suplica, le ruega no la abandone y la quiera.

Extrañas evoluciones del amor: raro desarrollo pshicológico que enciende un alma tal vez, si para vengarse. En efecto, cuando una mujer ha sido refractaria á todo sentimiento del corazón; que ha desdeñado y reídose de cuantos hombres arrodillados á sus pies la han ofrecido dicha y amor; que ha hundido en la desgracia y la miseria cuantos amantes se han acercado á aquella mujer fatal, hermosa como puede pintarla el deseo, con esa hermosura que dá el infierno á cierto seres para librar la infelicidad humana; que ha introducido la desunión y la amargura en el seno de un hogar tranquilo riéndose despreciativa y soberbia con mezcla de rabia y encono á la humanidad, y siente de pronto gritar dentro de sí, el demonio de amor extraño que la hace comprender cuanto mal hizo y cuanto hizo sufrir.... ¡Oh! entonces deben cruzar por la cabeza de esa mujer, ráfagas de fuego, oleadas de dolor; tempestad de remordimietos, con mezcla de recuerdos amargos que la llenan el pecho y la hacen llorar con lágrimas que queman sus mejillas, lava candente que brota de unos ojos de fuego. O es mala y vengativa prestándose á labrar la desgracia de alguna inocénte muchacha como represalia y satisfacción á su infernal deseo, ó se interpone y evita el hundimiento de esa virtud. A veces se sacrifica cuando hay que socorrer á cualquier infeliz enfermo, pobre y solo.

La gustan los niños; tal vez si porque experimenta á veces el deseo de ser madre ó porque la esterilidad la ha condenado á no gozar de las primicias maternales, ve un niño y lo besa ansiosa, hambrienta. ¡Fiera enjaulada que se doblega ante la dulce sonrisita de un chiquitín!

El ruido la embriaga, la electriza, la atrae como la luz á la mariposa. Parece, como si quisiese aturdirse bebiendo, charlando, bromeando, siempre con el cigarrillo en los insultantes labios cuna de refranes é indecencias es siempre la misma en todas partes, alegre, bullanguera, cómica, picotera, atrevida, franca.....

La alegre algazara continuaba en el bodegón, y al ruido agrupábanse los curiosos chorreando agua, humedeciendo el sucio suelo con sus zapatos enchumbados.

Una chiquilla de pocos años, de aspecto enfermiso y hambriento, desgreñada, vistiendo unos guilinchos desgarrados, mojadita y temblando de frío, se había acercado hasta la mesa cojiendo de cuando en cuando pedazos de pan que mordia con ansia. Aquella carita sucia tenía perfiles delicados, correctos; ojos azulados, anémicos, velados por negras pestañas; unos hoyuelos sobre las mejillas cerca de aquella boquita sin carmin y sin vida, daban cierto realce gracioso á aquella infeliz criatura triste y bella, pálida como una estatua de alabastro.

Se había acercado demasiado á una de aquellas mujeres y miraba con deseo un pedazo de dulce caído sobre la falda de ella. Mire, acabó por decirle con timidez ¿me dá ese dulce?

¿Qué?....¡ah!.....el dulce; toma.....¿Tienes hambre?

Sí, señora.

Pero te has mojado ... Pepela, mira que cara más linda tiene esa muchacha.

¡Verdad! ¿eres del campo, nena? ¿dónde vives? ¿quien tú eres? Y una porción de preguntas hechas á un tiempo la hicieron bajar la cabeza, confundida.

Todo el mundo la bromeó y la cogió la cara. Hiciéronla beber ron y algunos de aquellos hombres deslizaban ya atrevidamente sus manos, insultando el pudor de la infeliz niña.

Serás, dijo Pepela, una buena hembrita con el tiempo, chica; no pierdas el tiempo y aprende á vivir; bebe.

¿Verdad que es linda, la jibarita?

Mira, nena; échate á la vida; saca producto de tu cara.

No sean así ¡por Dios!

Miren la regañona, la hipócrita; esta Mariposa siempre se la está echando.....

Pero no ves que es una inocente criatura que sin saber nada del mundo quieres convertirla en desgra-

ciada; respeta su inocencia, y dale de comer ya que lo que tiene es hambre.

Una carcajada salvaje respondió á las palabras de de la Mariposa. Haz muchacha, lo que te digo, dijo una. Vente conmigo, dijo otra; te quitaré ese vestido y te daré zapatos y comerás grasa pa que no estés tan jincha.

Si fuera más grande me la llevaba.

Manolo! Manolo....mira nena, vete.

¡Qué! déjala ...cuidado que eres....

Yo te enseño á vivir.

Y á vivir sin trabajar, y á darte gusto.

Y besos groseros, infernales, productos de aquellos borrachos, gente desenfrenada, y manos profanas resbalando impúdicamente sobre sus encantos inocentes, la volvían loca, turbada sin saber que hacer.

Entonces la Mariposa se levantó y se interpuso entre aquella canalla desenfrenada, lejión de sátiros, muchedumbre soez, borracha, y forcejeando como una leona logró arrancarla de sus brazos. ¡Basta, gritó, basta; eso es ya demasiado; así contribuyen todos al desdoro de una infeliz enseñándole la puerta por donde nos han hecho entrar á todas; no me dá la gana que sea esa pobre niña una prostituta más.

Yó, arrojada, empujada al vicio inocente y buena cuando mi madre me mandaba pedir por las calles para que le llevara dinero, pegándome cuando no se lo llevaba; escuchando indecencias, soportando abusos y presenciando desórdenes, acabé por ser lo que soy. He llorado muchas veces mi desgracia, he maldecido á mi madre y me he maldecido yo también; he odiado esta vida infame que no tengo valor para abandonar sintiéndome como empujada por algo que yo no comprendo, y arrancándome el pelo de coraje y rabia. Abofeteada por cualquiera, llevada á la cárcel, utilizándome cualquier canalla porque me pagaba su dinero, como una pelota de goma he rodado de mano en mano. He perdido las *bonituras* de mi cara; he aprendido á ser viciosa y me he arrastrado como una culebra en el barro de esta vida infame....pues bien, no quiero más; me declaro madre de esta niña que será mi hija, trabajaré para ella, huiré de Uds. y si no soy feliz, al menos ten-

dré el consuelo de que he salvado una pobre criatura que mañana sería como yo una miserable prostituta, una indigna baladrona.

Todo eso lo dijo con calor, agitada nerviosa, con la respiración cortada, casi llorando y temblorosa; fué una expresión de dolor contenida durante mucho tiempo; protesta acallada que brotaba al fin, como un rujido de un pecho enfermo.

Nadie dijo una palabra dominados por la confesión de aquella Margarita arrepentida; se sucedió un silencio de muerte como si hubiesen todos perdido el uso de la palabra La Mariposa cojió por un brazo á la chiquilla, atravezó el grupo, llegó á la puerta, se cubrió la cabeza con un abrigo de lana, y salió.

Había anochecido; al recio aguacero había sucedido uaa llovizna menuda y fría; empezaban á encenderse los faroles cuyos vidrios sucios ostentando gotitas de agua apenas si dejaban escapar una luz pobre y roja que bailaba en los charcos de la calle. La luna empezó á salir, grande, amarillenta, con una luz triste extraña reflejándose en los techos humedecidos, y se preparaba una noche clara, de cielo despejado, húmeda soplando un aire helado y frío "como el invierno del alma."

La Mariposa, dominada aún por la emoción cruzó la calle lapachando, olvidada tal vez de sí, y arrastrando con una mano á la chiquilla, se perdió entre un laberinto de ranchos de yagua alumbrados fantásticamente por la triste luz de la luna.

II.

EL PROBLEMA SOCIAL

Montones de ladrillos arena y piedras, semejantes á enorme barricada obstruían el paso de los transeuntes en la angosta calle. Delante del edificio se columpiaba peligrosamente el andamiaje, y temblaban los tablones bajo los vigorosos piés de los albañiles. Abajo, en el corral cercado de casitas y empalizadas, cantando y charlando las lavanderas tendían sobre largos cordeles la ropa pesada y chorreando· Era una hermosa y clara mañana de Enero y no parecía sinó que también la naturaleza alegraba el alma ostentando sobre la inmensidad de los cielos un azul delicado y grupos de nubes blancas y extrañas como montones de nieve.

Se trabajaba cantando; parece que los pobres condenados á la eterna manotonía de la vida, tienen empeño en mitigar la rudeza de la penosa labor sazonándola con una canción.

¡Qué bulla! ¡que gritos! Son los distintos diapasones que acompañan la sinfonía del trabajo, de ese trabajo asíduo y monótono que se anhela, que se busca, que hace desesperar cuando no se encuentra y maldecir con rabia cruzando la mente diabólicas ideas.

Un mocetón mulato de facciones pronunciadas y rudas, acababa de tirar al suelo su reluciente palaustre gastado por la acción del tiempo, y se había limpiado con las mangas de la camisa, algunas gotas de sudor que brotaban de su rostro. Se llamaba Pedro Carré; robusto y fuerte, de manos gruesas y encallecidas, cabeza de toro, frente angosta y ojos saltones que hacía girar con rapidez, no se podía mirar sin miedo aquella

cara donde un discípulo de Engel hubiera leido como en un libro. Era una familia de albañiles de la que no quedaba más que una viejita la madre de Pedro enferma y casi ciega, gastado organismo lleno de punzadas dolorosas, neuralgias; lavandera y cocinera de toda su vida donde había conquistado sus achaques. Pedro era su único sostén cuando trabajaba. El padre, Juan Carré, había muerto hacía cuatro ó cinco años, de una manera trágica, cayéndose de un andamio y siendo recogido en la calle como un montón de carne informe, reventado, echando sangre por la boca y los oidos.

Pedro era joven pero aparecía ya como viejo; la rudeza del trabajo había grabado algo terrible en su rostro comunicándole un mal humor constante; casi siempre estaba huraño y sombrío y cuando sonreía, era una sonrisa pequeña, fría, plegamientos forzado de labios, sonrisa torcida que lo mismo podía ser un desprecio que una amenaza.

¿Estás cansado Pedro? le dijo Emilio Lebrón un jovencito de cara agraciada y tostada por el sol: ¿Qué tienes?

No tengo nada le contestó Pedro con sorda voz; me acometen á veces extrañas ideas que no puedo arrancar de mi cabeza; me aburre esta vida esclava del andamio, siendo víctima de desvergüenzas y de explotaciones que me ensoberbecen....mira; hace ocho meses que no trabajaba y para encontrar trabajo aquí tengo que dar al maestro parte de mi sueldo. Yo trabajo y otros se comen parte de mis afanes y sudores ¡valiente doctrina! ¿cómo es posible que dentro de la unidad del trabajo, hayan vampiros que finjiendo interes por los obreros exploten así ...de esa manera tan descarada el sudor de los más infelices; y hay que doblegar la frente, y callar porque siempre que la razón se queja, la fuerza le tapa la boca y le dice, cállate, ¡ah! pero cuidado ...

Es verdad Carré, dijo Lebrón, tienes razón pero, es preciso convenir en que nos toda gran parte de toca esa culpa ...Espera un momento ¡he eh! gritó; ¡oye Ramón!; nadie oía en aquel alboroto; se inclinó un poco más agarrándose á una de las cuerdas y gritando ¡Ramón, Ramón ¿estás sordo?....sube mezcla para noso-

tros. Volvió á enderezarse y continuó. Te decía que nosotros y nadie más que nosotros somos los complices de ese mal que conbatimos. ¿Hemos procurado hacernos fuertes? ¿Tenemos acaso encarnado como filosofía del corazón, el derrotero por donde han de encaminarse nuestras acciones? ¿No ves á cada instante esa trahilla de indiferentes, bestias de carga, máquinas de trabajar que jamás ha cruzado por su cabeza el amor á la asociación, al ahorro y al estudio? Hemos intentado tú y yo cuantas veces, unificarlos, agruparlos para hacerlos fuertes bajo el estandarte del trabajo, y siempre se han hundido nuestros sacrificios nuestras esperanzas. Es cierto que la fé no se apaga en nuestros corazones pero es doloroso luchar contra tanta indiferencia, contra esa calentura, fiebre ardiente que consume al obrero; enervamiento de fuerzas, cansancio del cuerpo enfermedad del alma. No te desanimes, añadió Pedro, es cierto que, dentro de mi ser siento gritar un demonio; estoy templado á las desgracias de la vida, y si es verdad que á veces siento la necesidad de otra vida, de otros hombres, lejos de tanta miseria y tanta maldad, no me doblego; sostengo con mi otro *yo*, un combate extraño y venzo porque soy fuerte, pero, vivir así es terrible, sufriendo siempre con sed de amor y justicia siempre. Y aquel hombre rudo, de cara ordinaria y facciones incorrectas, se pasó las manos manchadas de cal, sobre su encallecido cutis y recojió dos lágrimas mezcladas con sudor. Aquel Quasimodo lloraba y como un insulto á la humanidad, dentro de su estructura grosera y morena culebreaba un alma grande, generosa y noble.

Mira, dijo luego; acércate, contempla esa balumba de mujeres que lavan y charlan ¿qué són? Raza de ilotas, caravana ignorante que se muere sin haber vivido; sin conciencia de su situación crecen y viven en la miseria, y su paso sobre la tierra semeja un montón de polvos que arrebatan los vientos. ¿Dónde está la igualdad humana?

En efecto: en aquel patio húmedo cuartel de bestias, vivían como tales, todo un ejambre de chiquillos, mujeres, y viejos temblorosos y enfermos bueyes de

carga desechados ya por inútiles aguardando con estupidez la muerte.

En aquellos ranchos de yagua emnegrecidos por la humedad y la lluvia, parece difícil la vida ni se comprende hasta donde puede llegar la miseria de los que sufren. Sin duda el hambre asesina los deseos del corazón.

Cuando llueve, en esas negras noches de lluvia y frío que los relámpagos se suceden sin interrupción y espantosos truenos de tableteo furioso hacen crujir las entrañas de la tierra, tal vez á más de un egoista arrebujado en templada manta y blando lecho, no cruza por su cerebro el recuerdo de esas miserables casuchas donde el agua penetra por todas partes mojando los pobres trapos de dos ó tres desgraciados enfermos y enémicos que tiritan de frío, de miedo, y tal vez si tienen hambre.

Todos aquellos subúrbios tienen el mismo aspecto, y se diría que una misma mano los ha construido. Montones de trapos sucios, al lado de anafes pequeños hechos de lata cuando no es un cajón lleno de tierra, y dos ó tres piedras sobre las que colocan las hollas donde cocinan su frugal almuerzo [cuando lo hacen] y que generalmente son algunas batatas, un pedazo de bacalao que cuesta á veces muy caro, y una miserable arenca espinosa y salada que provoca espantosamente la sed; algunos bancos groseros, ó alguna desvencijada silla; una mesa que solo tiene tres patas y se balancea cuando las tablas se pisan, y sobre la mesa, platos pesados y ordinarios, ditas cucharas de lata; en un rincón una vieja escoba recostada sobre el seto; una hamaca de henequén allá en el cuartito que sirve del alcoba y un catre viejo donde duermen amontonados como piedras tres ó cuatro pobres diablos, es comunmente el aspecto de esas barracas de la miseria, agujeros de cualquier cosa donde no se vive: se muere.

Chiquillos llorones, sucios ó desgreñados; algunas estampas de santos, pedazos de figurines ó grabados de "La Ilustración Española y Americana" pegados con almidón; algún gato maulla saltando sobre la mesa ó un perrito se rasca la cabeza dando golpecitos sobre el suelo. Enclavada de cualquier modo, una tablita de

madera sostiene una cruz adornada grotescamente con papel de colores, y al lado, una lamparita de lata, de pabilo grosero que ha emnegrecido un pedazo del techo, completan la decoración. Domina un mal olor; un olor *sui generis*, especie de exhalaciones de trapos viejos, sudores amasados, excremento de chiquillos que beben leche mala, algo podrido que vive allí envenenando aquella empobrecida atmósfera; olor de miseria sucia, como dice Emilio Zola.

En el patio corre el agua de jabón; las mujeres esprimen la ropa, la sacuden, la tienden sobre tablas ó sobre la yerba tirándolas agua desde lejos. Unas se sirven de bateas, otras lavan en yagua; en algunos sitios las hollas cocinan el almidón de color gris que burbuja; en otros pequeños anafres calientan las planchas donde se acerca de cuando en cuando la planchadora, echa algunos granos de carbón, coje una plancha, la prueba con sus dedos mojados en saliva, revuelca un poco la candela, y se vá.

Se canta y se charla; una charla que casi siempre es insulsa y atrevida, picante, acompañada de chacota y carcajadas.

—Comadre María.—decía una mulata de nervudos brazos mientras estrujaba en la batea entre sus manos la blanca ropa—le aseguro á Ud. que hay gentes que debían morirse. ¿Ud. ha visto poca vergüenza más grande que la de Pedro José viviendo con dos mujeres en ese cuarto? y lo mejor es que ellas se llevan lo más bien; él se acuesta en el medio del eatre y ellas, una á la derecha y otra á la izquierda como los perros, comadre, como los perros.

¡Bah comadre! de poco se asombra Ud. respondió María; ño Juan Antonio, ese viejo que se murió los otros días, tuvo dos hijos de su hija Fela aquella muchacha bonita que está ahora alquilada en el hospital y ya vé Ud. la madre que es una borrachona y su hijo Demetrio que es un canalla, ¿sabe Ud. lo que hacen? pues se emborrachan los dos, se desnudan y ...vamos; los otros días yo misma con estos ojos que se han de comer la tierra los sorprendí, y tuvieron la desvergüenza de echarse á reir como si fuera la cosa más natural del mundo.

—Comadre—arguyó la mulata, pues esa gente está de parte del diablo, parece mentira eso; si son peores que los animales.

¡Válgame Dios! dijo María, aquí comadre pasan cosas que si se cuentan no se creen; mire Ud., Nanita le quitó el novio á su hermana, y se dice, que Nicolasa la madre, estaba más *enamorá* de su yerno, que su hija misma. Mi comadre Anselma alcagüetea á su hija Felipa que se quiere con un dependiente, y claro, como le regala abanicos de á ocho pesos y la vieja está en grande, paseando en coche y esplotando á ese muchacho, naturalmente....y lo mejor es que la muchacha tenía su novio, un cigarrero muy buen muchacho que estaba ya para casarse y de la noche á la mañana, esa madre hizo que lo desengañara y ahora, vea Ud. en vez de ser Sra. será cualquier cosa porque este, en cuantito que se canse de ella le dará un puntapié y después vendrán otro y otro. Así muchas madres hacen la desgracia de sus hijas, por eso es, que siempre Pedro Carré está diciendo que faltan esposas para los pobres, y sobran queridas para los ricos. ¡Ave María purísima!

¡Sin pecado concebida, comadre! contestó María, y se echó á reir con una risa que hacía daño, dejando ver una boca donde faltaban algunos dientes y una lengua saburrosa, sucia, manchada con saliva de tabaco. Después escupió dentro de la batea, meneó un poco el agua enjabonada y con aire misterioso, se acercó á su digna interlocutora. ¡Ah comadre! dijo, mire; aquel muchacho que parece un jibarito, mírelo allí parado hablando con Josefina....lo ve Ud? pues ese es el que dicen que se quiere con Micaela la corteja de Juan Pedro....él se llama Antonio, pero no conozco su apelativo; en cuanto que Juan Pedro se entere, se va á armar la del diablo porque tiene un genio ...lo que es ese le dá una puñalá á cualquiera; en fin, allá ellos; á nosotras no nos importa, ni somos amigos de meternos en vidas de nadie.

Naturalmente comadre; mi alma con Dios que no la quiero para el diablo. ¡Jesús María y José! La mulata esprimió la ropa, la sacudió y de pronto se detuvo sorprendida, paralizada su acción por algún ruído extraño. En efecto; en la calle se escuchaba un acom-

pasado sonido de campanillas y un rumor sordo, insólito, que crecía y se acercaba como un viento huracanado.

Guilín, guilín, guilón y una muchedumbre se precipitó en el encharcado patio, provista de faroles encendidos y amarillentas velas de cera. ¡Comadre, comadre, dijo la mulata, ¡el santo viático:! *jínquese, jínquese.* Chiquillos en primer término; luego, la eterna comparsa de iglesias y sacristías, las eternas viejas para las que no hay más perfume que el olor místico del incienso; cubierto su canoso cabello por mantillas ajadas que fueron negras en un tiempo, y que á fuerza de cubrir aquellas cabezas estúpidas empiezan á ponerse verdes ya; el rosario en la mano unido al libro de la misa; la cara llena de costurones, como señales indelebles de la mano del tiempo, pliegues informes, especie de muecas de la impotencia semejan una mascara de endriagos, trasgos ó brujas, guardia de honor, satélites sombríos de los murciélagos del Vaticano.

Después el paraguas de seda roja con flecos de oro que se balancean y se oprimen, en manos de algún idiota que se cree ha ganado la gloria ya, y debajo el padre cura, un pobre diablo que dice lleva á Dios en la mano cubierto cuidadosamente para que no se constipe, con un manto bordado en hilo de oro. ¡Magnífico, sublime! El Dios de las omnipotencias, el Dios del amor y de la razón, de la libertad y la justicia, de la verdad y la luz, de la paz y la concordia en manos de un quidam, convertido en una transparente lámina de pan fábricado por cualquer monaguillo, y cubierto cuidadosamente con un paraguas bordado de seda y oro. ¡Ah! decidme, señores del negro camisón símbolo de la negrura donde habéis tenido sumida á la humanidad por espacio de tantos siglos, decidme donde está vuestro Dios, el Dios que habéis amasado con vuestras manos vistiéndole ridículamente de terciopelo y grana. No está donde quereis vosotros que esté; no está encerrado en una lámina de harina viviendo cómodamente dentro dentro de un cáliz de oro, no; está en el universo todo, en la misteriosa máquina de los mundos, en el céfiro que pasa y juguetea con los rizos de la hermosa, en el polvillo dorado que se revuelve y pasa, en la con-

ciencia del sér, en las ondas del tranquilo lago que riza con gracia el viento de la tarde, en el amanecer misterioso de las alboradas, en las rompientes del impetuoso mar sobre las emnegrecidas rocas de la costa, en el beso misterioso de la luna que baña el rostro de los amantes, en la ráfaga de luz que ilumina la conciencia del malvado, en las lágrimas de resignación y consuelo, en la boca del niño, y en el amor de la madre, en la libertad salvadora, en la razón que vivifica, en la fé que salva, en el espacio, sobre los mundos, en la oración que consuela ...en todas partes menos donde le teneis vosotros; en el cáliz de una flor está, no en un cáliz de oro.

Miserere mei Deus secundun manguan misericordian tuan, murmura sordamente el *ministro de Dios*, y la ola crece y se agita entre sacudidas de enaguas llenas de amarillento polvo, rezos mascullados, empujones, risas ahogadas y roce de vestidos sobre el encharcado patio. *Tilín, tilín, tilón* y el sedoso paraguas se cerró con un chirrido de alambres, y penetró Dios en aquel agujero de la miseria.

Las lavanderas habían suspendido sus tareas y doblando las rodillas, parecían entregadas al éxtasis de la más profunda plegaria, y no fueron de las últimas en prosternarse la mulata de nervudos brazos y su comadre María. Aún tenian las manos llenas de agua de jabón lo cual no las impedía darse hipócritamente fuertes golpes de pecho. Aquellas bribonas que momentos antes destrozaban con sus infernales lenguas la reputación y el honor de sus vecinos, se humillaban cobardemente ante el rojo palio y pretendían encomendar á la clemencia divina, el alma de un ser próximo á ser sorprendido por el cansancio de la vida. No puede tenerse á Dios en la boca, y el demonio en el corazón.

Ved vuestra obra, pretendidos apóstoles de una religión que vosotros habéis falseado. Habéis tenido encadenada la humanidad al carro de vuestro poder colocando una venda sobre sus ojos y dominándola por medio de la ignorancia y el fanatismo. Habéis convertido el confesonario baluarte infame de vuestras suspicacias, en aguda espada de Damocles suspendida sobre las familias honradas é introduciendo en su hogar la

desunión, la guerra, y el dolor. Habéis sido refractarios á todo lo que ha significado progreso y luz porque necesitais tinieblas para esgrimir en ellas el puñal de la venganza. Habéis sido cómplices de crímenes espantosos y mirais, con dolor, hundirse el pedestal de vuestra soberanía.

Sois responsables de los dolores de la humanidad agarrotada á vosotros, espantada ante la siniestra figura del diablo y las espantosas llamas del infierno donde decís se arde por toda una eternidad.

¿Qué habéis hecho de la Italia? de la bella Italia cuna del arte, ninfa adormecida por las brisas del mar Tirreno en su regazo de espumas, página de gloria, monumento que la historia ha levantado con los trofeos de glorias pasadas, donde parecer coronan como un nimbo de libertad las prédicas de Mazzini, Cavour, y la roja camisa de Garibaldi? Pues una nación empobrecida y débil que sueña aún en sus noches de luna, ahogada por la serpiente del fanatismo.

¿Creeis que subsistirá como un gigante vuestra Catedral de San Pedro, obelisco levantado á la faz de la razón humana como si constituyese una formidable trinchera, donde habéis encerrado á un hombrecillo rodeado de cardeneles y Príncipes de la Iglesia sedientos de ambición y ódio, ansiando todos ceñirse el anillo pastoral? Mientras el Papa tiene para su uso once mil habitaciones, un jardín extenso que no podría examinarse en un mes, y se revuelca como un leproso entre los millones que guarda, y esconde la llave de su tesoro como maniático viejo, allí, en esa Roma soberbia de César y Augusto, debajo casi de las ventanas del Vaticano perece la gente de hambre, delante de la casa de Dios cubierta de oro y pedrería. ¡Oh vergüenza!

Y además—dice Emilio Zola—que contraste más doloroso, tantos millones allá arriba en las salas del Vaticano en el fondo de algún discreto mueble, tantos millones que producen, que trabajan colocados y vueltos á colocar en seguida para que produzcan más, del mismo modo que huevos de oro empollados con la ternura apasionada del avaro. Y muy cerca, abajo, en aquellas inmundas casas sin concluir, tanta miseria! Tantas pobres gentes que se morían de hambre en me-

dio de la más repugnante suciedad; las madres sin leche con qué amamantar á los hijos; los hombres reducidos á la holganza por la huelga forzosa; los ancianos agonizando como bestias de carga á las que se mata cuando no sirven para el trabajo! ¡Ah! ¡Es posible que suceda esto, Dios mío; Dios de caridad, Dios de amor!

Sin duda la iglesia tiene necesidades materiales y no puede vivir sin dinero, y es un pensamiento prudente y de la más alta política, ganarla un tesoro que la permita combatir victoriosamente á sus enemigos; mas, cuan repugnante es esto, verla descender de su divina realeza para no ser mas que un partido, una vasta asociación internacional que no tiene mas objeto que el de conquistar y poseer el mundo."

Llegais provistos de campanillas y faroles á la casa del pobre, del vencido por la miseria, á colocar estúpidamente en su boca una lámina de harina cuando tal si lo que necesita es un pedazo de pan. ¿Por qué no bajais hasta ellos en nombre de la caridad, en nombre de ese precepto evangélico y tomais como vuestra la causa del pueblo, aliviando su miseria?

¿Creeis acaso que, bajo las arqueadas naves de los claustros, en esa notoria frialdad del convento que asesina las pasiones y amortaja el espíritu rodeándole con los harapos del egoismo, y deslizando una existencia estúpida que á nada conduce ni nada significa, se sirve á Dios? No; vuestra misión no es esa, caravana de haraganes; está al lado del dolor que aliviar, y de la miseria que remediar; en la natural prosecución de la razón del sér para alcanzar un fin prescripto; al lado del huérfano abandonado, y de la infeliz viuda sin salud, sin pan ni abrigo; en las palabras de consuelo, bálsamo que fortifica el corazón y levanta la fe. Id, id idiotas á dar con vuestras manos la cucharada de sopa al enfermo; sentaos á su lado sobre un asqueroso banco; enjugad sus llagas, aliviad su situación; bebed con él la hediondez de su miserable rancho de yaguas; tapad la reendija por donde penetra el viento y el agua; educad sus hijos, respetad su compañera y hundios en el ambiente de la salvación humana salvándoos vosotros del naufragio caminando al lado de la libertad de

los pueblos y mitigando su sed con el manantial de la caridad y el amor....

Tilín, tilín, tilón, tilón y la muchedumbre se arremolinó; abrió paso y volvió á aparecer el rojo paraguas, los faroles, las campanillas, y creció la ola de nuevo y se fué mascullando sus rezos como una tempestad que se aleja. Tilín, tilín, tilón y en alas de la brisa de la tarde se arremolinaban en la atmósfera mezcla de olores de cera y mantillas viejas

¡Ah! quién calmará la sed de los pueblos! Quién templará el incendio de las pasiones, la fermentación de los espíritus, que como inmensa caravana de beduinos sienten la abrasadora atmósfera del desierto de la vida, sin encontrar el oasis de la razón, de la verdad y la luz!

La humanidad camina como un borracho, ha dicho Lutero. Los siglos pasan dejando tras sí, el reguero de sus miserias. Se escucha el incesante clamoreo que ensordece el espacio como alaridos de justicia, como demanda del rocío que ha de refrescar las conciencias.

¿Se ha perdido la fe? ¿Flota algo como destrozados jirones sobre el espíritu humano, capaz de revivir la llama mística del sentimiento y calmar los dolores del mundo? La ciencia—se ha dicho—ha matado la creencia; ha amortajado la fe, después de un injusto examen anatómico como si fuese un cadáver vulgar.

¿Dónde se va á parar, dónde se pretende empujar la humanidad con los últimos andrajos de sus miserias? ¡Ah! el problema está planteado; la ola crece, se agiganta, ruje como el huracán, se encrespa y escupe. ¡Ay del que intente detenerla! ¿Será necesario hacer correr otra vez, rios de sangre, ó es que la verdad para llegar á ella es preciso pasar por sobre cadáveres decapitados en el cadalso que levantó la revolución y la justicia? ¿Será necesario que, así como la revolución francesa, para sintetizar la libertad humana hizo brotar de sus entrañas la rabia contenida por tantos años de opresiones y tiranías, sea necesario para la libertad del espíritu una nueva revolución que arranque con sus ensangrentados dedos, el negro manto que oculta la luz? Moldes y creencias rancias; sentimientos disfrazados,

mentiras extendidas como reguero de pólvora, ideas caducas, fe mentida, dogmas erróneos....eso pasa, eso se va, eso cruje apolillado. viejo, carcomido, maltrecho, roto, olvidado, destruido como una moderna Babilonia para gemir entre el polvo que pisen las futuras generaciones. Esa religión puede salvarse y salvar el mundo. Ese receptáculo de anhelos, hambres y justicia, alzará sus fatigados ojos y llorará cuando sienta sobre su desgreñada cabeza, la mano que alimentará su enflaquecida materia y su enfermo espíritu. Esa mano en otros tiempos podría llamarse Savonarola; ahora se llama socialismo católico.

Sí; Emilio Zola tiene razón: "El papado dueño de la tierra el día en que marchase á la cabeza de la democracia después de haber reunido á la Iglesia católica, las iglesias cismáticas de Oriente Los tiempos habían llegado, puesto que el papa dando el adiós á los ricos y á los poderosos del mundo, dejando á los reyes desprovistos de su trono en el destierro, se ponía como Jesús á la cabeza de los trabajadores sin pan, y de los mendigos de las calles. Tal vez pasarían aún algunos años de horrible miseria, de inquietante confusión, de tremendo peligro social y el pueblo, ese gran mudo del que se ha dispuesto hasta aquí como un juguete, hablará, volverá á la cuna, á la Iglesia unificada de Roma para evitar la amenazadora destrucción de las sociedades humanas."

Después, volvieron, la charla y los comentarios; algunos albañiles habían suspendido su trabajo y tomaban parte, en coro con las lavanderas.

Oye Manolo—decía uno de ellos mientras se lavaba las manos dentro de un cubo, lleno de agua de jabón—¿qué reunión es esa que invitó Carré para esta noche? ¿Vas tú, chico?

—Pues ya lo creo; y tú también debes ir.

—Yo no voy á ninguna parte.

—Mal hecho.

—¿Por qué mal hecho?

—Te diré; en esa reunión va á tratarse de fundar el gremio de Albañiles, es decir, de asociarnos por medio de la unión y la economía para hacer frente á las exigencias que imponen, los que explotan nuestro su-

dor, nuestro trabajo. Es preciso que pensemos seriamente en el porvenir, y nos ocupemos de la tranquilidad de nuestras familias, conquistando siquiera por medio del ahorro, un bienestar que nos permita hacer frente á nuestras privaciones cuando el invierno de la vejez cubra de canas la cabeza y surque de arrugas prematuras las tostadas frentes.

—Y crees tú Manolo que conseguirémos algo? Estoy harto ya de sociedades y músicas, que después todo se lo ha llevado el diablo. Te digo que aquí no harémos nunca nada, y que es inútil cuanto se haga.

—Teoría de cobardes es esa, Guillermo, y nó de hombres jovenes para los que se abre un dilatado horizonte, ancho circo de combate donde es preciso vencer; si todos se sintiesen tan fatigados como tú, declarándose vencidos sin haber casi luchado, muy pronto sería la familia obrera una raza de ilotas dignos del grillete de la opresión. No se ceja, se camina siempre, nuestra causa es la causa de la razón y la conciencia, y Dios que es la conciencia misma, velará por nuestros esfuerzos. Se cae una vez, y otra, y otra, pero como el ave Fénix, vuelve á surjir de las cenizas una nueva idea, fuerte y vigorosa. En el banquete del triunfo de las ideas que sintetiza la libertad humana, no tendrán sitio los haraganes, los indiferentes y los cobardes.

—Bueno, contestó Guillermo; hablas como un abogado pero, eso no me dice nada.

Manolo levantó sus ojos negros, y miró con lástima á su compañero de trabajo; luego repuso. Guillermo, tú, eres joven; jamás has cojido en tus manos un libro, y pareces condenado á ser solo una bestia de carga, instrumento en manos de los que se sirven del pueblo para subir sobre él, y establecer su soberanía de opresión y despotismo. Derrochas miserablemente tu dinero en vagabunderías que á nada conducen; te conformas con ser cosa, cuando es preciso ser algo; no es esa la misión del obrero; no has de ser siempre brazo que trabaja, también es preciso seas cerebro que piensa. No ahorras, ni ayudas á tus compañeros en la obra de la regeneración; no colocas un grano de arena para levantar los cimientos donde ha de descansar el edificio social; cometes un crimen, es preciso caminar

por el derrotero de las ideas y los principios de la ciencia y el trabajo; el trabajo y la ciencia—ha dicho Salvandy—serán los dueños del mundo. ¡Oh! reflexiona.

—Después de todo, chico, arguyó Guillermo, á mí qué me importa; tengo hijos, pero que trabajen cuando sean grandes, que hagan como yo. Si juego mi jornal el sábado y no tengo un centavo el domingo....se me da lo mismo; no le pago ni á Dios, un centavo. Para beber un trago, donde quiera se encuentra, y la mujer y los muchachos.... que ayunen, ¡no faltara más!

Manolo se irguió como una culebra pisoteada; llamearon sus ojos con el brillo de la indignación y la soberbia; púsose pálido súbitamente y pareció que iba á estallar en una tempestad de reproches y acriminaciones, pero se mordió los labios operándose en todo su sér un cambio brusco como crisis tácita, y dominándose contestó con calma las palabras de aquel miserable.—Bien, eso es, dijo; bravo, magnífico; en tí está sintetizada la fiebre del olvido del sér para no pensar mas que en satisfacer sus deseos bestiales. Iba á contestar tus palabras con el torbellino de mis censuras, rebelándose mi indignación ante tus manifestaciones, pero la amargura brotó á mis labios y voy á devolverte la hiel que acabas de darme. Escucha, desgraciado; mientras tu pobre madre, encorvada y vencida ya por el trabajo y la miseria, acaba miserablemente sus dias con las piernas horriblemente hinchadas y sin tener casi un harapo con qué cubrir sus rugosas carnes, casi sola allí en aquel derruido rancho de yaguas por donde se cuela zumbando el viento y el agua, atendida por los vecinos cuando no tiene un pedazo de pan para mitigar su hambre, lamentándose del abandono de su único hijo á quien enseñó á trabajar para que fuese el báculo de su vejez, tú, loco, derrochas tu dinero como un estúpido en desórdenes con mujeres depravadas, agostando tu existencia y bebiendo la ponzoña de la degradación y la lascivia; mientras tu infeliz mujer, desgraciada compañera que has convertido en martir, llora su desgracia y su pobreza, tú corres á los garitos de las maniguas y dejas allí el jornal de la semana, ese jornal que tantas gotas de amargo sudor cuesta y que nunca has podido concederle porque eres un bestia, lo que significa, lo

que es, y lo que vale. Mientras tus pobres hijitos, sucios y harapientos, sienten la necesidad del amor del padre que no sabe serlo porque abandona sus más preciados deberes con un corazón casi yerto, y una cabeza torpe que desequilibran los desórdenes de una vida estúpida é inútil, tú, en brazos de tus queridas que chupan la savia de tus mal empleados afanes, te hundes en el caos de esa vida estragada é infame....pues bien, Guillermo; sigue por esa pendiente que te ha trazado el mal, deja que tu infeliz madre se muera de hambre y que tal vez maldizca tu nombre cuando sienta el hielo de la muerte enfriar la sangre de sus venas; deja que tu pobre esposa falte tal vez á sus deberes harta ya de miserias y sacrificios; deja que tus hijos crezcan ignorantes y sin que hayas inoculado nunca en sus corazones el amor de padre; deja que tus compañeros de fatiga y trabajo luchen solos, por la regeneración de la clase obrera; no contribuyas á nada; sé indiferente é inútil; vive como una bestia y muérete como un zanguango; no estudies, no aprendas, no sufras dolores ni te inquieten extrañas suertes....y mañana, cuando seas viejo—si á viejo llegares—y estés enfermo, pobre triste, abandonado, solo en el mundo, entonces anhelarás las caricias de los hijos, los cuidados de una madre, y el amor de una esposa, y como has matado todos esos afectos doblegarás la encanecida cabeza sobre el pecho, y llorarás, porque no te quedará otro recurso.....llorar.

Guillermo no contestó una palabra; quedó pensativo unos cortos momentos, soltó el jabón y se alejó sombrío y pensativo. Tal vez habían empezado á purificar su espíritu, las palabras de Manolo; tal vez si momentáneamente se había impresionado el alma de aquella fiera. Manolo le vió marchar, contemplándole unos instantes, y luego murmuró con dolor ¡infeliz!

Las lavanderas recojían sus ropas de los cordeles; era un ir y venir de gentes, hablando todos á la vez y escuchándose de cuando en cuando el alegre tono de una guaracha puertorriqueña.

En un extremo del patio, un grupo de mujeres parecía estorbar á alguna persona en medio de la mayor algazara; aquello era una chacota en toda regla, un verdadero *relajo* como decimos nosotros.

De pronto, salió de entre ellas un hombre, un pobre viejo que avanzó con rapidez poniéndose fuera del alcance de aquella muchedumbre soez y atrevida; se detuvo un momento, y se sentó desalentado al borde del pozo. ¡Oh! murmuró sordamente; á que extremo me ha conducido la dureza de mi destino. ¿Acaso, no ha sido toda mi vida una larga etapa de dolores y amarguras? He de apurar hasta las heces la copa de mi eterno dolor y vosotras contribuís también á aumentar mi pena. Las mujeres que habían formado un corro al rededor del viejo le vieron bajar la cabeza con desaliento, respetaron su silencio y se oyeron algunas palabras de excusa.

—Tú tienes la culpa, Juanita; estás siempre cucando al pobre viejo.

—Nó, yo nó; tú eras.

—Tú, y Petrona, Lorenza y Micaela. ¡Ave María!

—Mire, señor; no les haga caso.

—Que gente majadera.

—Lo mejor que debemos hacer es recojer la ropa antes que oscurezca.

—Sí, sí; vámonos, vámonos. Y se fueron cantando.

Esa mulata,
Me tiene sufriendo
De amor padeciendo

. . . . . .

Aquel anciano objeto de las burlas de aquella muchedumbre vulgar, continuaba ensimismado, caido en un profundo aturdimiento. Después se incorporó y lanzó miradas extrañas al cielo como si le interrogase.

Su fisonomía se prestaba á la comprobación de sus sentimientos y un discípulo de Gratiolet hubiera leido en su rostro como en un libro.

Ojos grandes, fatigados, amarillentos, sin brillo, sin el barniz de la juventud, solo conservaban un cierto tinte, triste, melancólico, única expresión que podían dar aquellos intérpretes del alma, faros de angustia, debajos de unas cejas perfectamente arqueadas; labios un poco gruesos denotando bondad; cabello descuidado, canoso, que caía en desorden á los lados del rostro, uniéndose casi al comienzo de una barba luenga, en-

marañada, manchada con saliva de tabaco. Frente ancha, espaciosa, blancuzca en el comienzo de la calva, surcada de esas pinceladas del tiempo, líneas sombrías que se llaman arrugas y que casi siempre significan horizontes de dolor y miseria.....en suma, una cabeza artística, estéticamente cortada, puesta noblemente sobre los hombros; cabeza de estudio donde al parecer bullían toda una amalgama de recuerdos. Victor Hugo hubiera puesto esa cabeza sobre los hombros de Juan Valjean; Shakespeare hubiera tomado su expresión de tristeza para imprimirla á Hamlet.

Lo mismo parecía un peregrino, que un anacoreta arrancado de la soledad del desierto.

O un Moisés grabado por Miguel Angel, ó Ashaverus, el judío errante, sentado en el brocal de un pozo, descansando de su terrible viaje á través del mundo.

Las ropas descuidadas y viejas, ostentando esos parches, sellos de la miseria que se han bautizado con el nombre de remiendos. Por un lado de sus zapatos viejos llenos de polvo, asomaban los dedos de sus piés.

Había dejado caer al suelo una pequeña carga que sostenía bajo un brazo, y que no eran otra cosa que un pedazo de tela para óleo, algunos pinceles, una paleta borroneada con colores, y un fragmento de paisaje bosquejado.

¿Qué pensaba aquel hombre? Tal vez él mismo no lo sabía; luego recogió sus trastos de pintar y se alejó en dirección de su agujero.

Empujó la puerta y entró.

Colocó sobre una vieja mesa su preciosa carga, y quedó contemplándolos con cierto interes que daba pena. Algunas marinas y paisajes bosquejados en tablas, adornaban el techo rústico de aquella pobre habitación; una hamaca grosera y casi rota, remendada en algunos sitios; sobre la mesa, un anafe pequeño lleno de cenizas frías significando la tristeza de un fogón apagado donde no se cocina nada, donde no se oye ese alegre borboteo de lo sopa que hierve y la tapa que golpea los bordes de la olla. En un rincón, recostado al seto lleno de aberturas por donde se cuela el viento que pasa zumbando, había un cabellete. Trastos viejos, montones de papeles, libros apolillados, estudios de lá-

piz, cacharros y cajones llenos de cucarachas y trapos viejos, parecía imposible la indiferencia de aquel hombre que vivía en medio de tanta miseria.

No he comprado—murmuró—nada para comer aunque tengo hambre, pero tengo pinceles y colores que es lo mismo. ¡Comer, comer! ¿por qué he de comer yo como los demás? He ahí la prosa de la vida; se diría que todo el afán de esa canalla que se llama humanidad, y toda su agitación en el inmenso gusanero de la vida, no tiene por norma otra razón, otra idea. ¡Hartarse!

¡Cuánta estupidez, cuanta grosería, cuanto prosaismo debajo de cada careta; cuanta maldad y cuanta mentira cubierta de seda y encajes; cuanta vergüenza disfrazada y cuanta dicha mentida....

Después sacó una botella oculta debajo de la mesa y bebió dos ó tres tragos de su contenido, limpiándose la boca con el dorso de la mano.

—El mundo—continuó—el mundo ¿qué es el mundo? ¿Qué es ese mundo, del que no he recibido mas que espinas y dolores? Ese mundo no me ha perdonado haber arribado á sus playas con un corazón noble, lleno de grandeza y arte; parece que se ha gozado en escupir mi rostro con la saliva del encono, de la envidia; mientras yo he despreciado sus liviandades y miserias él ha sembrado mi camino de amarguras, riéndose cuando ha logrado penetrar en mi sér, el puñal del abatimiento.

No hay dolor que yo no haya sentido; los conozco todos, todos, pero mi tesoro de belleza rítmica, mi tesoro divino no podrá nadie arrancarlo; ese vive conmigo y me lo llevaré á la tumba junto con mis sueños de artista.

¡Véngate humanidad! véngate porque no pertenezco á los tuyos; véngate porque vivo solo en medio de tí; véngate porque protesto de tus pequeñeces ansiando volar, volver de donde vine á saturarte con las emanaciones de la verdad y la luz, para ser empujado por la vulgaridad y caminar sobre el polvo de la vida, como un "peregrino del mundo de los sueños."

He visto desaparecer uno tras otro, todos los míos, Leonor, Emilia, Margot.....mi madre, mis hijos, todo

cuanto he amado, todo cuanto he querido. La soledad me asustaba pero era preciso que me quedase solo, enfermo, viejo..... ¡Qué he hecho yo Dios mio? Tengo ochenta años y hace treinta que aguardo la muerte, la muerte que también se rie de mí prolongando mi agonía.....no más, no más, Dios poderoso. Guardó silencio y cayó desalentado, abatido, sobre el duro banco de su miserable bohardilla. Después pasó agitado las rugosas manos sobre la frente, y continuó: Diríase que he cometido un crimen, un delito que he venido á expiar aquí, como si no fuese la humanidad otra cosa que un inmenso patio de presidiarios. Si pudiera profundizar á través de la vida, lo que está allá más lejos, el infinito; eso que el alma pugna por comprender á veces; lucha misteriosa del otro Yo; deseo del alma fatigada que siente la necesidad de creer en algo, especie de otra existencia, hambre de otra vida, de otros hombres, lejos de este hervidero humano donde se profana todo, se insulta todo, se escupe todo, amistad, amor, derechos, gloria, vergüenza.....

Volvió á cojer con temblorosa mano la botella de ron, y bebió con avidez dos ó tres tragos; luego levantó la tapa de un baúl y sacó envuelto entre trapos, la descarnada figura de un viejo violín.—¡He aquí—dijo—el eterno compañero de mi vida, el pobre amigo del viejo Salvatori, el único sér—porque un instrumento es un sér que también siente, se queja y llora—que me ha comprendido; parece más bien una tumba donde he ido enterrando todos los gritos de mi corazón y los quejidos de mi alma; el único que no me ha abandonado, que ha seguido conmigo el derrotero que me trazó el destino. Parece otro yo, otra figura de viejo artista soñador y vagabundo semejante á un "pájaro extraviado, en la extensión gigante de la tierra."

El viejo Salvatori colocó el violín bajo la red de su encanecida barba, luego, arco y violín se besaron, los dedos se agitaron como furiosas sierpes, sobre las cuerdas, y brotó un preludio, agudo, rico en armonía y extraño, como una queja de un corazón enfermo. Primero, como una melodía escrita por el dolor, después como ráfagas de aire helado en una noche de invierno ó suspiros de la brisa entre las jarcias de un buque, concier-

to de ángeles en la puerta del paraiso, murmullos de arpa que acaricia el viento al pasar, lenguaje misterioso del riachuelo que se desliza entre las piedras retratando la espesa arboleda de la orilla ... súbitamente enronqueció el violín, y á las notas delicadas y rítmicas sucedieron sordos gruñidos, carcajadas de loco, blasfemias de borracho, oleaje de mar embravecido, silbidos de serpientes, gritos de venganza, rujidos de fiera, insultos de amante, combate de salvajes, desgajamientos de árboles mordidos por la furia del huracán. .. luego, como si estuviese fatigado, moderó su rabia, sucedióse la calma después de la tempestad; entonces volvió á llorar y á gemir tristemente como dolor de esposa abandonada, después no fué mas que el estertor de la agonía de un enfermo; luego, un sonido agudo, agudo, que fué debilitándose gradualmente como un hilo de armonía, cayendo, cayendo despacito..... apagándose como vida que se aleja, como una luz que se muere.....

El brazo que sostenía el arco cayó pesadamente á lo largo del cuerpo, produciendo una nota discordante como un sollozo, al rozar con el instrumento. El viejo Salvatori quedó inmóvil y cayeron dos gruesas lágrimas sobre la tapa del violín. ¡El arte, el arte, dijo; ¿dónde está el arte? parece que, cansado, se envuelve en su túnica de gasa, y los genios que como destellos luminosos han cruzado el horizonte de ese cielo, dejando tras sí, una estela de luz imperecedera, se van para siempre.

—El mundo no volverá á oir otro violín como el de Paganini, ni imitará con suerte las restauraciones del sentimiento estético de Gluck, ni la lozanía, naturalidad é ingenuidad de Haydn, ni las creaciones de Mozart y del sordo Beethoven, ni á Weber entronizando el romanticismo en la música alemana, ni los esfuerzos de Spontini para llevar la expresión dramática á su mayor altura, ni las riquezas melódicas de Shubert y Wagner..... todos han pasado el sombrío dintel de la muerte, pobres, deslizando una vida de sufrimientos é injusticias. Para entender—dice Leixner—lo que los grandes artistas han encerrado en sus creaciones, es menester participar con ellos de la vida, y de las penas y sufrimientos de estos genios creadores." La humani-

dad podrá haber cubierto de recuerdos póstumos las efigies de Lessing y Mozart, pero no sabe donde enterró sus huesos. La gloria después de la muerte; perpetuado el nombre del genio que se dejó morir de hambre; era preciso que se quemase á Servet que descubrió la circulación de la sangre, y se envenenase á Sócrates para establecer el principio justicia. ¡Cuánta miseria!

¿Por qué he venido yo también á quemar incienso ante el misterioso altar de Apeles y de Euterpe? El arte me atrae, me arrastra como si me gritase entre el polvo que levanta su carro de gloria ¡anda, anda!

Se levantó; cojió la paleta, derramó colores sobre ella y se puso á pintar como un frenético dando golpes sobre el lienzo; la gloria, la gloria, los laureles que ciñen la frente del genio, los sueños del artista, el monumento de la inmortalidad—decía—agitado, febril, maltratando el lienzo, pintando como Goya, nervioso, temblando, con los ojos desmesuradamente crecidos, la boca abierta, dejando escapar sordos rujidos, presa del vértigo de la pintura hablaba en voz alta olvidado tal vez de sí mismo.

Las lavanderas asustadas de las imprecaciones del viejo artista, golpeaban la puerta creyendo encontrar allí un loco, la derribaron al fin y penetraron todas en la miserable vivienda. Salvatori las devoró con la mirada. ¿Quiénes sois? gritó; no os conozco, no deseo nada de vosotras, no quiero nada .... es decir, sí, sí, quiero..... quiero que os vayais al infierno de donde habeis salido comparsa prosáica y maldita. Y dió un paso amenazador hácia ellas que echaron á correr asustadas agrupándose en el patio y comentando.

—¿Han visto Uds. que viejo más malcriao?

—Pero que ojos, muchacha.

—Yo, chica, te digo que le cojí miedo.

—¿Pero qué le pasará? porque él estaba hablando, diciendo disparates.

—Ese viejo está loco.

—De dónde vino ese hombre? Antonio, Antonio ven acá; *dime*, de dónde llegó ese viejo?

—Yo no sé, Micaela; contestó Antonio; solo te digo que sabe pintar lo más bien.

—Y tocar el violín.

—¡ Ah ! sí, es cierto.

—¿ Pero quién es ese hombre ?

—Nadie lo conoce y sinembargo á Uds. les gusta majaderearlo.

—Lo mismo que á tí, *hipróquita.*

—Lucía vente; vamos á acabar de recoger que ya vá á oscurecer. ¡ Vaya con el viejo !

—¡ Que tipo ! parece un San Francisco.

—Oye Micaela—dijo Antonio en voz baja—tenemos que hablar.

—¿ Que vas á decirme ?

—Recoge tu ropa y yo te espero allí en la cochera, detrás de la empalizada. Que no te vean.

Antonio se escurrió al sitio que había indicado y allí aguardó impaciente. Al fin apareció Micaela muy disimulada cantando una guaracha cubana.

—Te vieron venir ? la preguntó Antonio.

—No: dijo ella.

—¿ Y Juan Pedro ? vendrá ahora ?

—No lo sé; pero no debe tardar ¿ qué quieres ?

—Acércate, acércate más.

—Que imprudente eres, me vas á comprometer.

—Tú no sabes Micaela, cuanto te quiero.

—Ay Dios mio que hombre este; Antonio, Antonio que nos ven ¿ estás loco ?

—Aunque nos vean; aunque Juan Pedro llegara ahora con un puñal en la mano, yo lo mataría antes que pudiera tocarte; tú me vuelves loco .. y se agarró á Micaela; la oprimió entre sus brazos, besándola con ansia, manoseándola los pechos, mordiendo los hombros, pugnando por levantarla la saya.

—Antonio, déjame, déjame; déjalo para otra ocasión, ahora pueden vernos.

—No, no; no puede ser, soy ahora una fiera que no oye ni entiende; tú me vuelves loco y por tí, no sé que sería capaz de hacer..... Micaela déjate, no seas así.

La lucha continuaba. Ella, con el jubón casi destrozado donde habían brotado los pechos llenos de leche con el negruzco pezón por fuera, forcejeaba, se defendía. Antonio, fuera de sí, la besaba, la mordía, rozaba con su lengua aquella cutis de color canela, mareado por ese olor especial que despide la piel sudorosa de la mulata.

—Antonio, suéltame; va á venir gente..... otro dia.....

—No, no, por Dios..... te digo que estoy loco.

—Pero eres un imprudente, me tienes ya fatigada..... cansada..... vete.... Antonio, Antonio. Y cayó pesadamente sobre el suelo con las ropas levantadas, en desorden, rendida ya por la emoción, con las piernas descubiertas, la carne palpitante, de venas azuladas donde hervía el deseo con la sangre de aquella mulata.....

El dia declinaba ya.

Soplaba un airecito fresco. La luz amarillenta del sol gravitaba como polvillo dorado sobre las casas, los árboles; reflejándose como una llama sobre los azulejos en las torres de la iglesia del pueblo. El crepúsculo ardía como si corriesen sobre aquel pedazo de lienzo, oleadas de bronce derretido. Montones de nubes violáceas ribeteadas de oro se agolpaban como gigantes misteriosos que miraban al sol que hervía allá abajo; pinceladas extrañas, brochazos enigmáticos de la naturaleza, abusando de la luz y el color; nubecillas cortas extendidas arriba como una bandada de pájaros, sobre el sol, que parecía herir aquellas atrevidas manchas cenicientas, lijeras, especie de cortinas desgarradas, detenidas y consumidas allí por la luz de fuego, confundiéndose luego con girones de gasa rosácea que subían, subían hasta esfumarse con el puro azul del cielo..... después palidecieron poco á poco los chorros de fuego, las nubes de ópalo, y llegó ese momento triste de la muerte del dia, que tanto afecta á las almas sensibles envolviéndolas en tierna melancolía; la luz pálida, vencida ya, recogió su túnica de colores; todavía allá á lo lejos, sobre los montes destacados por obscuro, luchaban con las sombras algunas pinceladas amarillentas y después.. .. nada; la noche llegó con su cabellera de astros, orgullosa, soberbia, envuelta en su negro manto y ahogando entre sus pliegues los últimos suspiros de la tarde.

III

MISERIAS HUMANAS

¿Vienes?

¿Adónde?

A casa de mi novia; vente.

No, gracias; sabes que la reunión ha de empezar pronto y tal vez si haga falta ya.

No Carré, en primer lugar es muy temprano, y en segundo tú conoces perfectamente como son ellos. Se les invita para las ocho y se presentan á las nueve. No llegar á tiempo es muy puertorriqueño. Vamos en casa de Luisa que tiene ganas de verte y estamos allí hasta que sea hora

Pero si es....

Pero vente hombre, no parece sinó que hay perros en la casa. Vamos, ven.

Carré disimuló el esfuerzo que hacía para dominarse y acabó por seguir á su amigo.

No tuvieron que esforzarse mucho por llegar; pasadas algunas casas más abajo vivía la prometida de Lebrón, inseparable amigo y compañero de Pedro Carré.

Era una casita pequeña pintada de azul con persianas verdes las que casi siempre estaban cerradas; oyéndose casi incesantemente en lo interior, un sordo ruido de máquina de coser.

Leorón llamó en las persianas tocando con los nudillos de la mano.

¡Adelante! dijo un timbre seguro, firme voz de mujer desde luego, pero que no admitía dudas. La poseedora de aquella voz debía ser un carácter resuelto, varonil.

La puerta se abrió gimiendo, y penetraron nuestros hombres. ¡Hola, amigo Carré! cuanto gusto.

Señora.

Señorita.

Buenas noches, Lebrón.

¿Qué hay Juanita?

Siéntense ustedes.

Pero hemos venido á importunar, están Uds. cosiendo y me parece poco natural esta visita.

De ningún modo, amigo Carré; aparte del placer que tengo en ver á Ud., no me impide nada continuar mi labor; se trabaja al mismo tiempo que se habla aunque después de todo me parece que doy á Ud. una muestra de distinción, porque si hubiese detenido la costura al llegar Uds., pues hubiera querido significarles: terminen pronto y váyanse porque tengo prisa.

Y Juanita se echó á reir con una risita corta, nerviosa, pero que fué motivos para examinar unos dientes lindísimos, orificados en algunos sitios.

Una trigueñita adorable de labios rojos y ojos negros, expresivos, barnizados, que despedían relámpagos de luz envolviendo como una brillantez extraordinaria que dominaba, seducía.

Tenía el pelo suelto abundoso, negro como la sotana de un cura, desordenado sobre sus hombros, sirviendo de marco á su cara graciosa y picarezca."

La negra catarata de sus rizos
Cayendo en torno de su faz morena"

y sujetos por un lazo de cinta azul hecho con arte.

Me parece que las trigueñas han jugado un gran papel en este pícaro mundo y han mareado mas de una cabeza que se creía perfectamente tornillada. Hay quien jura y perjura que Eva, nuestra madre, era blanca y yo apostaría doble contra sencillo que no. Solamente una trigueña es capaz de hacer tragar una manzana con pepitas y todo, al más barbudo y seriote Adán.

Una trigueña es un brasero que hierve bajo su teñido cutis cuyo único respiradero son unos ojos negros que brillan como dos estrellas en el fondo de una noche tropical. Cualquier mariposa que se sienta atraida por ese calor acaba por quemarse allí las alas.

Juanita López era el sostén de su buena madre D.ª

Josefa, viuda hacía muchos años; honorable matrona que aunque había querido permanecer fiel á la memoria de su difunto, se empolvaba conveniente y se ajustaba el corsé, arreglándose como cualquier pollita de quince. Todo su prurito eran "sus tiempos" y leer con avidez cuanto periódico caía en sus manos con la condición de no devolverlo.

Muy seria, eso sí, y..... muy habladora; único defecto que no puedo perdonar á las mujeres. Una mujer charlatana es una fatalidad, la mayor desgracia que puede caer sobre cualquier infeliz candidato..... á marido.

En cierta ocasión un amigo mío intentó suicidarse y quedé asombrado cuando me explicó los móviles de su fatal intención. ¡Se había casado con una mujer habladora!

Porque á la verdad es triste cosa estar todo el dia como un rosario "mujer cállate; no hables tanto; ya lo has dicho; cállate, cállateeeeee!"

Tal vez si á Dª Micaela la dejó viuda una congestión..... de charla.

Juanita empujó la rueda de la máquina y preguntó á Carré el objeto de la reunión.

Se trata señorita de en lo posible mejorar nuestras condiciones en todo cuanto puede ambicionar nuestras necesidades presentes y futuras. Yo entiendo perfectamente que debemos coadyuvar todos á nuestro mejoramiento moral, material é intelectual.

No trato amigo Carré de contradecir en lo más mínimo su noble cooperación; sé perfectamente que la vida de los hombres no ha de reducirse simplemente á vivir como brutos pisando indiferentes el polvo del camino de la vida pero..... cuantos desengaños, cuantos sacrificios importa trabajar uno por el bienestar de los demás.... oh, pero no desmaye Ud ni se detenga ante la senda que sus sentimientos le trazaron.

Gracias, Luisa; esas palabras me llenan de aliento y compensan en parte los disgustos que hieren tan groseramente el corazón de todo el que á redentor se mete. ¿No le parece así Lebrón?

En efecto, contestó éste, pero ya nosotros casi por suerte estamos curados de espanto.

Solo le aconsejo, añadió Luisa, no olviden siempre que de problemas sociales se trate, de guiar en ese camino á esa importante mitad del género humano; á la mujer.

Tiene Ud. razón, yo no concibo se luche en obsequio de cualquier idea sin que esa bella mitad tenga un puesto honorífico.

Guíenla Uds, procuren arrancar de sus ojos la venda de su ignorancia y prepárenla para entrar dignamente en el nuevo derrotero de las ideas; despojadla de esas necias preocupaciones que tanto la humilla; no es mi ánimo que la mujer escale tampoco ciertos puestos que no concuerdan con su natural modo de ser y estructura, pero al menos, enséñenla Uds. á ser libres y hacer buen uso de esa libertad.

Vea Ud., continuó, en nuestro país se restringe completamente la libertad de la mujer y yo no participo de esa opinión; entiendo perfectamente que no hay nadie que cuide una mujer mejor que ella misma, y por la misma razón debe dejársela en completa libertad de acción y sentimiento. Vamos á ver; ¿por qué se le impide á una mujer con la cansoneta del pudor, manifieste á un hombre que le agrada, su amor, su pasión? Es cien veces más preferible que la mujer goce en ese terreno de las mismas prerrogativas del hombre. Quien les impide á Uds declararse á una mujer que les gusta? Nadie, verdad? Pues entonces, opino que no haya nada ni nadie que tampoco impida que una mujer enamorada de un hombre porque sí, porque le dé la gana, también con la mayor sencillez y naturalidad le diga: "Caballero, yo amo á Ud. vea ver si le convengo."

Carré sonrió con malicia; Lebrón se rascó las orejas y Dª Josefa abrió desmesuradamente los ojos. Hija..... hija mia .... yo no te había oido filosofar nunca de semejante manera y créeme, siento decirte que tu liberalidad, hija mía, no es de las más aceptables ni lógicas..... Oh! en mis tiempos ninguna niña se hubiera atrevido pensar así

Bueno, mamá; en tus tiempos pase, pero en el nuestro no; aquellas teorías eran amoldables por la natural aceptación de todas las épocas; hoy es distinto, los tiempos pasan y se abren otros horizontes de nue-

vas ideas. Por otra parte, en algo se ha de conocer que progresamos. Señor Carré, me ratifico en lo dicho.

Bien, señorita; me agrada sobremanera encontrarla llena de tan buenas disposiciones, tal vez muy pronto necesite yo de su cooperación en esos nuevos principios fin de siglo en obsequio de nuestras hijas y hermanas tan tristemente instruidas y educadas..... con permiso de Uds vamos á retirarnos porque me parece debemos acercarnos ya.....

Sí, sí; me tiene en absoluto á sus órdenes y no olvide que aquí en esta casa se le aprecia y se sabe lo que Ud. es y lo que vale ¿Te vas también Lebrón?

Si, he de acompañarle....

Buenas noches.

¡Doña Micaela....

Adios, Carré.

Señorita, á los piés de Ud.

Que siga Ud. bien.

Gracias.

Y anduvieron algunos pasos casi sin hablar una palabra, Carré delante con la cabeza baja, Lebrón detras fumando un cigarrillo.

En el lugar preparado para la reunión charlaban de cosas indiferentes los obreros invitados. Número escaso como siempre ¡siempre la indiferencia, la apatía.

¿No vendrán mas? se preguntaban.

Lo dudo, contestó Carré, estarán sin duda en cualquier billar, mesa de juego ó garito; en cualquier sitio menos donde se interesan por su suerte; no importa empecemos.

La sala estaba sumida en una semioscuridad: á lo largo de trecho en trecho había algunos bancos y sillas. Al frente una mesita y sobre ella papel, pluma, tinta y un timbre niquelado.

Carré tosió un poco y habló.

Queridos compañeros: os he convocado aquí con fines altamente trascendentales. Desorganizados, desunidos como actualmente nos encontramos, sin tomar parte para nada en el concierto de la regeneración moral de los pueblos deslizamos una existencia que tiene

mucho de criminal y adyecta. Todos, absolutamente todos los que componemos la gran familia obrera, sentimos la necesidad de ordenar nuestras acciones y encansar nuestros deseos. No se me oculta que nuestra ignorancia falta de riqueza intelectual y vigorosi lad filosófica, nos ha conducido á la bancarrota de nuestros ideales. El obrero portorriqueño, que ha disfrutado y en épocas mejores de bastante aceptable remuneración por su trabajo, tiene una desgracia que ha minado toda su vida; primero es, su poco amor á la asociación, y segundo, su ningún espíritu económico. Apartemonos de todo, vengamos al teatro de las realidades y decidme. ¿Quién de Uds., que semanalmente ha apercibido 13 ó 14 pesos, si no más, se ha acordado del ahorro para hacer frente á épocas le faltas de trabajo, enfermedades ó entorpecimientos? Nadie, ¿verdad? No quiero penetrar en la conducta particular de cada uno, porque no es esa mi intención, pero he conocido obreros que trabajaban hacia mucho tiempo y debían á los fondos de la Sociedad de socorros mútuos 6 ú 8 semanas que todo sumaba la miseria de 6 ú 8 pesetas.

El vicio, el juego, el desorden, el abuso de buenos jornales como si no se acabase nunca, consumen totalmente el producto de sus sudores y á la terminación del trabajo, á muy pocos les ha quedado el dinero bastante para comer tranquilos una semana más. ¿Tengo razón ó miento? Exagero lo que he manifestado ó es por desgracia una verdad amarga? Habré hablado con mucha rudeza, es verdad, pero es lo que más nos conviene.

Ahora que atravesamos épocas calamitosas; ahora que la carestía de los alimentos y los vestidos unidos á la escasez de trabajo se sienten; ahora que ha aumentado el número de brazos y que dá vergüenza los medios infames de que unos y otros nos valemos para obtener donde ganar el pan sin titubear para conseguirlo emplear las más irascibles formas, empequeñeciéndonos ante los ojos de los poderosos que ven como nos revolcamos y nos humillamos ante sus plantas olvidándonos de toda nuestra vergüenza para trabajar por una miseria 20 días y un mes, ahora hierve en nosotros la

necesidad de pensar en algo para conjurar la tormenta que ruje sobre nuestras cabezas.

Si las necesidades del obrero hé tiempo hubieran sido más apremiantes se hubiera apresurado á ponerla coto mucho antes que ahora. Hablan de miserias y privaciones solo porque no se obtiene lo bastante para derrochar. La familia obrera en su mayoría vive y viste hasta con elegancia; no quiero decir que no sea necesaria de vez en cuando siquiera por un momento interrumpir la monotonía de un trabajo asíduo y asaz penoso, pero al hombre se le permite todo cuando empieza por no olvidar sus más sagrados deberes. El derroche es nuestra principal desgracia, gastando generalmente mucho más de lo que ganamos, queriendo hacer y participar de todo.....y sinembargo se hablan se hablan de sufrimientos y miserias Decidme que haríais si tuviésemos que soportar las amarguras de un invierno crudo y terrible. Pensad por un momento en los sufrimientos de la clase obrera en Europa. Desgraciado del hijo espúreo de la pátria que hable aún hoy día en Alemania de miserias, cuando en realidad son más espantosas que en Inglaterra y Francia En Lyon existian 800 fábricas de sedería donde se hacían trabajar á infelices niños 14 ó 17 horas diarias. No teneis ideas ni yo la fuerza de imaginación bastante para haceros comprender los dolores ocultos y las miserias de Londres en lós barrios de San Gil y San Jorge los más fabriles de la ciudad. En aquel tiempo era solamente de 17 años la duración media de la vida. Malas condiciones de vivienda, aspirando emanaciones putrefactas, en medio de la suciedad más asquerosa y terrible, el cólera mataba 817 obreros de cada mil. El contacto forzoso en aquellas habitaciones agrupadas disputándose en la oscuridad un pedazo de jergón para producirse algún calor en las noches de frío y hambre como en Prusia en 1.840 donde vivían 4 familias en cada cuarto, siendo necesario señalar con un yeso sus dominios, hacia brotar la prostitución, el desorden, el crimen, la borrachera. El doctor Villermé vió en la Alsacia para cada cuarto dos familias y para todos los habitantes un solo techo de paja tendido por la noche, sin otra manta, sin otro abrigo.

En Lille, según la descripción de Blanquí, había sótanos, cuyo único respiradero era un agujero que servía de puerta, chorreando agua las paredes.

Pues bien, en aquellos antros, cloacas del infierno, dormían amontonadas como piedras 3 000 familias compuestas de más de 15,000 obreros.

En Alemania, una mala cosecha de patatas era bastante para producir el hambre en muchos distritos en centenares de leguas.

En el invierno de 1 847 á 1.848 en la Silesia prusiana dice Leshner, los tejedores de lienzo á mano iban perdiendo hacía años su trabajo doméstico á consecuencia de la introducción de las máquinas; estas mismas consecuencias impulsaron á los obreros ingleses á destrozar con rabia, los primeros telares de Hargreave en Blacburn. Un informe del Ayuntamiento de Pless afirmaba que en aquella población habían fallecido en pocos meses, una décima parte de los obreros, por falta de alimentos En la Silesia alta, cerca del convento de Breslau se habian encerrados las familias para morir juntos y hubo necesidad de romper las puertas para penetrar en aquellos antros horrorosos de la miseria y la muerte.

Aquellos infelices estaban casi todos devorados por el tifus: En un aposento encontraron una mujer casi consumida por la fiebre caida sobre el cuerpo de su marido; aquellos muertos daban miedo porque tenian pintados en el pálido semblante las torturas y los dolores de una agonía espantosa.

En otra habitación estaban tirados en el suelo unos cuantos niños sumidos en el sueño de la eternidad, desnuditos, entrelazados uno con otro, mordiéndose las orejas y las manecitas. Una de aquellas criaturas, estaba viva aún, mamando con ansia del pecho de su madre muerta.

No eran Sres los resultados de una mala cosecha; el abandono, el olvido, tenían allí una responsabilidad terrible.

De esas consecuencias brotaba la destrucción del amor de la familia, la embriaguez de los hombres y la

prostitución de las mujeres, la resignación fatalista, esa fermentación desesperada de los espíritus que conduce en Francia á revoluciones políto sociales, ódio á los ricos, considerando el matrimonio como una institución fatal. Abandono de hijos entregados á amas que los mataban como en el departamento de Loire que morían 96 p%. de estos niños antes de tener un año, todos hijos de obreros; la desesperación, la rabia de la impotencia El hambre que asuza turbando la razón y oscureciendo la mente, embotando el espíritu, y haciendo rujir con los puños apretados de rabia, maldiciendo á la humanidad, á las sociedades, á Dios, á todo . . de ahí, á arrojar una bomba enmedio de un círculo de felices que rien y bailan risueños y alegres no hay más que un paso. Así nació el anarquismo.

Carré detuvo un momento su peroración, sacó el pañuelo con mano temblorosa y limpió algunas gotas de sudor que habían brotado de su frente. Reinaba en la estancia un silencio de muerte y podían oirse indistintamente los latidos del corazón de aquellos hombres que oían emocionados aquella rápida ojeada á traves de las miserias de la humanidad.

Carré continuó. La salvación, la salvación por el trabajo, la caridad, el amor, la instrucción y el ahorro. La mayor parte de los obreros se lanzan tal vez con demasiada precipitación y poco juicio, en brazos del más fácil trance de la vida: el matrimonio.

No se cuenta para llegar á cabo esa segunda etapa de la vida del hombre, con más recursos que la profesión que se ha aprendido, bien está, pero es preciso antes que todo, poner en juego todos los recursos, que como filosofía del corazón, son necesarios en ese momento de responsabilidad moral y material.

No quiero hablar de lo mal educadas que estan nuestras hijas y hermanas para entrar convenientemente en el templo del hogar uniendo su suerte por toda la vida al hombre que dió su mano y su corazón. Nosotros generalmente nos casamos por amor, y muchas veces se expone este mismo amor á ser luego responble de imprudencias y ligerezas que luego se lloran amargamente cuando es tarde para retroceder.

La falta de instrucción en aquellos tiempos corría parejas con la situación y crísis trabajadora porque en 1843 en el distrito de Ashton O aham, casi un arrabal de Manchester con una población de 105,000 almas había una sola escuela para cada 4,500 obreros. En Inglaterra en los más amargos días del pauperismo fueron recogidos 16 461 obreros, 7,264 eran mujeres y solo del conjunto 1,000 sabían leer y escribir. Sinembargo en Francia se observó en 1893 que disminuyeron subitamente las imposiciones de la lotería aumentando la de cajas de ahorros. Entre nosotros ha habido muchos pobres que se han acostado sin comer por comprar un pedazo de billete confiando tristemente en una remota esperanza que tenía mucho de fiebre eventual. Si se hubiese tirado al fondo de una caja económica las cantidades invertidas en comprar miserables pedacitos de billetes, hubiérase montado y hecho fructificar con constancia y honradez una magnífica institución que hubiera producido pingües resultados. Diríase que entre nosotros existe una atmósfera fatal que condena á la muerte todo lo que se levanta, todo lo que se intenta. La clase obrera se revuelca, se ajita dentro de su círculo, forcejea, grita y reclama pero es preciso que para luchar con su adversario debe intenta igualar sus fuerzas. Maquiavelo ha dicho que el fin justifica los medios: El trabajo ha sido explotado toda la vida por los que han tenido interés en que así sea, con tal de hacer sonar en sus bolsillos un monton de dinero. No es eso lo peor; hay obreros que tienen la desvergüenza de prestarse á ser instrumento de infames planes y querer que se abuse de las necesidades porque se atraviesa en días amargos de privaciones y hambre. Yo, yo mismo me veo obligado á dar al maestro de la obra una cantidad de mi jornal, del jornal que gano en peligro de mi vida para que se me permita trabajar unas cuantas semanas y no sucumbir á la miseria ¿Se quiere descaro mayor ni desvergüenza más grande? El obrero reclama su puesto por que es preciso que se le dé; que se le atienda dignamente y que no se le condene á ser toda su vida un brazo que se necesita dispuesto á retirarlo cuando está enfermo, viejo é inutil no, y no. He conocido obreros que han trabajado por muchos años en

talleres, padres de numerosa familia, dedicando su sudor, sus afanes y su honradez en manos de un hombre que se enriquecía á su costa... pues cuando ha caído enfermo y ha pedido un anticipo para atender las necesidades de su enfermedad, se le ha negado, se le ha abandonado como un buey inútil, y cuando ha conseguido levantarse, no bueno del todo y pálido, enflaquecido, sin fuerzas casi, se ha dirijido al taller para continuar su trabajo, ha encontrado su puesto ocupado por otro. Esto es infame, esto es salvaje, esto es indigno.

No se abandona tan miserablemente la constancia, la honradez, ni los esfuerzos. No se lanza á la desesperación al hombre que ha gastado su juventud en la fragua y el yunque. Las fronteras del egoismo humano empiezan sin duda en el infierno. ¿Se quiere nada más estúpido ni nada más criminal que un hombre descaradamente rico que no tiene más placer que contemplar los millones amontonados en sus arcas, recreándose ante el brillo del oro, contemplándolos como contemplaba César su diadema? ¿Que hace ese oro amontonado allí inútil, adquirido tal vez de qué modo, amasado con las lágrimas de tantos infelices, mientras sufren miserias muchos por falta de pan y trabajo?

El problema está empleado y el socialismo se impone arrastrado por las evoluciones de la vida, confundido con la polvareda que pisa y levanta la humanidad. En Europa se ha instituido y llega hasta nosotros envuelto en cendales de luz.

La casa Leclair en Alsa ia fué la primera que asoció á los obreros á participar de los beneficios líquidos en un treinta por ciento El socialismo ocupa ya la mente de todos y la cuestión obrera necesita porque se hace ya necesario, entrar en un derrotero digno con las primeras alboradas del siglo XX. De ahí nuestros esfuerzos por implantar las asociaciones internacionales de obreros, implantadas en Londres desde el año 1.864, dirijidas por un judío convertido llamado Marx, excatedrático de Bon. Pero no hacemos nada y es preciso que hagamos algo; que razonemos con los conocimientos adquiridos, el desarrollo de nuestras aspiracio-

nes. Es preciso que acudamos á las escuelas nocturnas, para beber en esa fuente el espíritu de nuestros esfuerzos. Que no abandonemos el puesto cansados los miembros y turbios los ojos por el trabajo y la fatiga, sin tener en el ocaso de nuestra vida, el consuelo de haber sido útiles á los nuestros construyendo un porvenir para nuestros hijos, que deban seguir la obra emprendida, regularizada por el ejemplo y la constancia y al menos, cuando la muerte cierre para siempre nuestros ojos, entremos en el abismo de la eternidad con la conciencia tranquila de haber cumplido con nuestro deber.

Basta ya de indiferencia y desamor. El trabajo nos salvará por la unión, el esfuerzo, el ahorro y el estudio. Yo os invito á secundar mis planes que son los vuestros y trabajar por esa causa que es la vuestra. Unidos y compactos como un solo grupo, con un solo grito, un solo corazón, una sola idea, contribuiremos á levantar el edificio social é independizar el trabajo porque como ha dicho el abate Lamennais. "El trabajo emancipado, dueño de sí mismo, sería el dueño del mundo, porque es la acción misma de la humanidad desempeñando la misión que le ha encomendado el Creador." He terminado.

Carré abandonó el sítio que ocupaba para recibir las felicitaciones de sus amigos que demostraban con afectuosos apretones de manos el deseo de contribuir á la unificación de la idea desarrollada por su compañero.

Los obreros se despedían y abandonaban el local sitio de la conferencia; las luces se apagaban y la gente agrupada en las puertas se desparramaban por las calles vecinas. Una mujer del pueblo que había permanecido en la puerta escuchando las palabras de Carré acompañada por una niña de pocos años, cojó de la mano la chiquitina y se alejó haciendo sonar sus pasos sobre la acera. Notó que alguien la seguía y la llamaba, pero sin volver atrás la cara. Aunque llevaba la cabeza cubierta con un abrigo de lana, dejó conocer su rostro al pasar por debajo de un farol. Era la Mariposa; sin duda aquella chiquilla que la servía de compañera, era la critura arancada por ella de las manos de aque-

llos bribones el día que abjuró de su desordenada vida.

Apretó el paso pero no pudo evitar que la alcanzara el hombre que la seguía. Sintió que una mano pesada se apoyó en su hombro haciéndola volver rápidamente la cabeza. ¿Quién es Ud., preguntó, y porqué me llama?

Soy yo Joaquina, ¿ya no me conoces?

¡Ah! ¿es Ud. Don Lúcas?

Si, yo; yo mismo, yo que como siempre corro tras de tí como un loco, mientras que tú ...

Don Lúcas, yo le aprecio á usted mucho, pero le suplico por los más que quiera en el mundo, por sus hijas, por todo, que abandone sus pretenciones para conmigo; déjeme usted con mi pobreza y mi miseria donde tan feliz me encuentro. He hecho una firme resolución de ser buena y honrada, y lo seré, sí, lo seré.

Me suplicas Joaquina contestó Don Lúcas, me suplicas que por lo que más quiero, por el amor de mis hijas te olvide . sabes tú, lo que yo más quiero en el mundo y por lo que sacrificaría todo . . pues por tí, por tí Joaquina, que te quiero como un demente, por tí, Joaquina que no puedo vivir. . . . Y se le anudó la voz en la garganta como si fuese á llorar.

A la verdad que estaba bien ridículo el pobre viejo.

Don Lúcas García era un acaudalado comerciante de quien se contaban cosas horribles del modo como había adquirido su cuantiosa fortuna. Casado hacía muchos años, y padre de tres niñas, era el cuco de la familia porque tenía un genio atroz, inaguantable y hasta los criados de la casa temblaban cuando sentían la violenta voz del viejo don Lucas. Hacía poco tiempo había mandado construir una hermosa casa de mampostería, la que prometía ya por su aspecto, ser sin duda la mejor del pueblo, pero que le costaba no poco disgustos porque sentía en el alma sacar los cuartos para pagar los obreros y era capaz de estar regateando todo una semana santa, el precio del más ínfimo trabajo

No tenía mal aspecto apesar de todo y cualquiera

al contemplar su cara de bonachón, hubiera dicho sin titubear "he ahí un hombre honrado."

Muy severo con la familia y muy atroz con todo el mundo, daba ganas de reir al contemplarlo delante de la Mariposa suplicándole amor, llorando como un idiota. ¡ Miserable !

Escucha: dijo luego con la voz emocionada, temblorosa; no sé lo que me pasa, lo que me sucede; me siento arrastrado hacia tí por una fuerza desconocida. Me vuelves loco, porque se me hace todo aborrecible cuando no te veo; me siento ante tu presencia dominado, seducido, humilde como un perro que lame la mano que le pega; mi sangre de viejo parece que se siente rejuvenecer en las venas, y me figuro que tú formas parte de mi existencia ó que tienes en tus manos el hilo de mi vida ¡por caridad! Joaquina por compasión sinó por amor.

La Mariposa miraba de una manera extraña el semblante de aquel viejo libidinoso alterado por la emoción y el deseo. Trató varias veces de romper aquel silencio forzado y dijo por último.

Don Lucas, es inútil cuanto me diga y cuanto intente: quiero no comerciar más con este miserable cuerpo, usted solo lo que me ofrece es la dorada miel donde he de volver á caer de nuevo, si no tengo fuerzas para rechazarlo; que tengo una hija ya lo vé Ud. y he jurado salvarla del vicio, salvándome yo.

Pero no comprendes desgraciada, la interrumpió Don Lucas, no comprendes que te ofrezco un bienestar que te permita atender con desahogo las necesidades de esa niña que también será hija mia. ¿ Qué quieres, que exiges de mí, ó quieres sumirme en un mar de desesperación ...

La Mariposa hizo un ademan para marcharse, para huir de aquel viejo lascivo, pero él entonces como una hiena hambrienta se agarró á ella y con los ojos desmesuradamente abiertos gritó: No, no, no te vayas, no quiero que me dejes así, Joaquina óyeme por el amor de Dios, te brindo bienestar, lujo, despilfarro si quieres todo lo que ambiciones, toda la dicha que puedo ofrecerte; abandonaré por tí, á mi esposa á mis hijas, todo

por estar á tu lado por gozar de tí, aunque me hunda luego en un infierno. Y la abrazaba, besaba sus manos el vestido, lamiéndola, llenándola de babas, llorando y riéndose á un mismo tiempo, arastrándose en el suelo rodeaba con sus brazos las piernas de Joaquina, febril, excitado parecía un demonio, un sátiro, un condenado del infierno Al fin se desprendió ella haciendo un esfuerzo y echó á correr con la chiquilla por la acera hasta que el ruido de sus pasos se extinguió en el silenció de la noche.

No pasaba alma viviente por la calle: nadie había contemplado aquella escandalosa escena de humillación y desvergüenza desarrollada por una mujer que salió del vicio, una chiquilla que la impidieron entrar, y un viejo, un magnífico ejemplar de viejo indecente, empeñado en insultar sus canas haciendo caronerías por el mundo como un muchacho. ¡Pero señor! ¿que mundo es este? Si á este bandido con cara de hombre hourado, se le hubiera acercado una infeliz viuda mendingando abochornada una limosna, tal vez si la hubiera despedido de una manera grosera y soez, y sinembargo, hacía un momento permitía el derroche de su fortuna por satisfacer un instante un deseo material y lascivo. Discutía con cualquier carpintero ó albañil, el más ínfimo centavo, pero estaba dispuesto á dar cuanto poseía por una mujer que necesitaban sus apetitos.

Recua de canallas, trapos sucios de la sociedad en que viven, forman parte del montón, del estercolero humano.

Don Lúcas quedó como un atontado, como un estúpido sin darse cuenta de su situación, y arrinconado allí en el suelo, convertido en una miseria lloró como un chiquillo. ¡Infame... infame, decía! se vá ... porque no me quiere .. porque no soy joven tal vez .. ingrata... ya le pesará. ..ya le pesará Un hombre se acercaba á pasos lentos cruzadas las manos por detrás y como entregado á una profunda meditación; llegó hasta el sitio que ocupaba Don Lucas que permanecía sentado en el suelo sollozando como un miserable. Caballero, murmuró el desconocido que no era otro que Carré, ¿se ha caido Ud? ¿Está Ud. enfermo?

¿qué le sucede, que le pasa? ¡Ah! si es Don Lucas? levántese Ud. de ahí; y uniendo la acción á la palabra levantó del suelo al viejo.

La que me pasa dijo, lo que me pesa ...no puede pasarle á nadie. Cuantos me creen feliz porque soy rico, y sin embargo soy ahora el más desgraciado de los hombres ...

¡Ah! si no me extraña, murmuró Carré con voz ronca, la humanidad es la misma hace muchos siglos porque la devora el gusano de la intranquilidad, de la ambición y el capricho. El que está abajo pugna por subir hasta los otros y cuando ha llegado dejando tal vez la dignidad y la vergüenza ...es capaz de envidiar á los que están abajo. Don Lúcas, Ud. es rico, compre con su oro la felicidad que necesita.

Don Lúcas no contestó y se apoyó en el hombro de Carré caminando en dirección á su casa, tambaleándose en la calle como un borracho, luego torció á la izquierda y se alejó sin dar siquiera las buenas noches á quien le había dado la mano para levantarse.

Carré se quedó solo; cruzó los brazos sobre el pecho y se recostó sobre un viejo y carcomido cañón de hierro empotrado en la pared, recuerdo del sitio de los ingleses. La noche era hermosa, hermosa como son todas las noches tropicales. La soledad con sus mil rumores desconocidos como dijo el poeta Becquer, el silencio majestuoso é imponente que hace resonar los pasos de los transeuntes pesados y profundos como si se caminase por el interior de una inmensa tumba, la inamovible actitud de los árboles tranquilos, quietos, sumidos en el misterioso sueño de la naturaleza y esa cosa que gravita sobre el ser en horas de aislamiento influían en Carré, de una manera extraña y aunque estaba sumido en profunda meditación, tal vez el mismo no sabía lo que pensaba.

¡Pensar, pensar! ¿Y para qué?

Generalmente todos los que han estado largo rato entregados á sus pensamientos, han acabado por hacerse igual pregunta. ¿Qué consigo con pensar? pero

no obstante, vuelven á caer en lo mismo sin darse cuenta arastrado por ese extraño *placer*.

He subrayado la frase porque casi ha llegado á constituir en los seres humanos el pensar, un hábito.

No hay quien no tenga un pesar oculto, especie de buitre que picotea el corazón.

Yo he contemplado más de una cabeza altiva inclinarse con dolor sobre el pecho, enme lio del bullicio y la alegría. Más de un rostro alegre donde jamás se extinguía la sonrisa de la dicha, ha buscado un rincón ocu to, solitario y oscuro y allí derramar lágrimas contenidas por el fingimiento.

Llorar á solas, es el mayor de los dolores.

Hay quien sóstiene con la sociedad un duelo de orgullo y no quiera darla el placer de que hinque el diente en su mentida felicidad.

Estos son los más desgraciados porque envueltos en el ropaje de su soberbia, no sienten nunca caer en su alma una gota de la frescura del consuelo.

Væ soli, es decir ¡ Ay del que está solo !

En efecto, infeliz del que en esos momentos de pena y tristeza no sienta una mano amiga que pase suavemente la mano sobre la fatigada cabeza y pregunte con cariño. ¿ Qué tienes ?

El dolor moral no mata, es verdad pero vá minando la existencia, envenenando la dicha, enblanqueciendo el cabello y arrugando el corazón.

No se comprende la vida sin tener al lado un ser que sea capaz de comprendernos y derramar en nuestro i terior el bálsamo del consuelo, paliativo de los dolores. El alma se refresca, se baña en esa atmósfera; se calma la mente y acaba uno por sentirse aliviado de aquel tremendo peso que le agobiaba. ¡ Ah ! pero, vivir enmedio de un círculo de gentes prosáicas y groseras que no esten en condiciones de comprender ni sentir el dolor ageno, es vivir poco menos que, en la sucursal del infierno. La duda y la desconfianza han prendido fuego en los sentimientos de la humanidad y el

egoismo se ha encargado de alimentar la llama. La sociedad huye del que está triste por que un hombre ensimismado y abatido es un hombre inútil que no vá á ninguna parte, ni sirve para nada. No hay mas remedio; es preciso reir para que se crea que somos felices, y reir por partida doble. ¿Acaso no es el mundo una eterna comparsa de máscaras? Quitad á algunos la careta de la dicha y encontrareis detrás un rostro fatigado pálido y rugoso con las mejillas caldeadas surcos de lágrimas quemantes.

Los que cifren la felicidad en el dinero que sigan amontonando ó costa de todo, el oro que necesitan para comprarla. Convengo perfectamente en que no es posible la vida sin el dinero; no es cosa de declararme yo también como los poetas l orones, enemigo del *vil metal*, porque viajar y vivir comodamente mirándolo todo y tocándolo todo ya lo creo que no tiene nada de despreciable, pero ser rico y feliz ...eso es más difícil que la toma de Sebastopol.

Si las camisas de los hombres felices pudieran curar los dolores de la humanidad, habría rico que daría por una la mitad de su fortuna, pero ...está requetedicho que los felices no tienen camisa.

Carré soñaba despierto, murmuraba frases incoherentes sin hilación ni sentido.

¿Porqué, decía, porqué amo tanto la humanidad y á la vez la desprecio y me repugna. Protesto cien veces al día de su imbecilidad y sus miserias, me revelo contra su egoismo, no puedo resignarme á ser yo también un eslabon de la cadena social; me ahoga á veces como si faltare aire á mis pulmones, tanta mentira, tanto prosaismo; me siento á veces cansado de esta vida enmedio de bribones; contemplando la honradez mancillada, el talento humillado, la desvergüenza en denigrante maridaje con el vil interés, profanado los más santos ideales, el amor metalizado, la amistad mentida y todo como un repugnante pingajo humano formando el estercolero social y acabando yo por desear encallecer mis sentimientos y endurecer mi corazón, para danzar también en el baile de las conscupicencias y enca-

nallarme con ellos.....y sinembargo, no puedo, no puedo Si se llora, corro á enjugar las lágrimas del que llora; si se está abatido por la desgracia y el dolor, acudo á levantar ese espíritu triste y comunicarle alientos, cuando tal vez si yo los necesito. Nadie toca á las puertas de mis sentimientos inutilmente, nadie acude cerca de mi en vano; conozco todos los dolores y tengo corazón para comprender extrañas penas. Se me pide amistad, doy amistad; se quiere amor, doy amor aunque no lo posea, no importa, lo construyo, lo hago, lo invento si es necesario inventarlo. Así he vivido treinta años de lucha de labor incesante, de combate eterno como un atleta, como un gladiador en el circo de las pasiones; caeré algún día es verdad, pero caeré como Sísifo combatiendo en batalla abierta con el vendabal del destino humano sin entonar jamás el Ave Cesar.

Carré se pasaba las manos sobre la frente como si quisiese arrancar extrañas ideas y dijo:

Luisa ¡oh! Luisa; si ella supiera que la amo, que la adoro, que daría por ella todo ese río de sangre que hierve en mis venas. Ella sería mi salvación, mi consuelo y yo no sucumbiría así....tan solo. No; no, no puede ser; Lebrón es mi mejor amigo y no debo.....imposible, imposible.

Soplaba un airecito fresco; brisa suave, templada, que hacía mover acompasadamente los árboles de la plaza sorprendidos en su soñolienta quietud. De cuando en cuando se escuchaban confusamente, lejanos ladridos de perros ó una canción puertorriqueña acompañada de punteos de guitarra, cuyas notas de expresión dulce venían confundidas con la brisa en su viaje melancólico á través de los misterios de la noche.

Carré sintió pasos y alzó la cabeza azorado. En efecto alguien se acercaba haciendo ruido cantando con esa voz que enronquece el alcohol. ¡Cariño!

No hay mejor café

Que el de Puerto-Rico.

El cantor trasnochado dobló la esquina y se encontró frente á frente de Carré Estaba completamente borracho; había perdido el sombrero y dando traspiés consiguió llegar hasta allí sugetándose de las paredes y las puertas, pero al encontrar obstruido el paso abrió asustado los brazos, osciló como un árbol que quiebra el huracan y lanzando una blasfemia cayó al suelo como una masa inerte. ¡Mal rayo ...me ... me ...parta! Voto á Dios y ..á la cor....te celestial ...Pero ..quien me tumbó?

Carré encendió un fósforo y pudo reconocer sus facciones.

Era Guillermo el albañil, el mal obrero que continuaba en sus trece quemando incienso ante el altar del dios Baco. Tenía los pantalones llenos de fango, la camisa desgarrada y dejando ver un pecho desnudo cubierto de espesos vellos negros sobre los que reposaba un escapulario de la Virgen; el pelo desgreñado, la cara amorotada, crujiendo los dientes, echando espumarajos la boca. Se había vomitado toda la cara manchándose la barba y el bigote de aquellos vómitos blancos y espesos, salpicándose el pecho y el cuello sucios con saliva de tabaco y babas de borracho, apestoso á ron y excremento, estaba hediondo, repulsivo, revolcándose en el charco de orines que brotaba de sus pantalones

Carré trató de incorporarlo, pero resultaban inútiles sus esfuerzos, porque aquel miserable entorpecía sus deseos escupiéndole la cara con su saliva espesa, hedionda

Guillermo, le dijo ¿es posible que así te entregues al vicio olvidando lo que más se aprecia, el único tesoro que los pobres podemos conservar que es la dignidad y la vergüenza?

Bueno... ¿y qué? le contestó: ya sé que....estoy borracho, pero . á tí que te importa, me....emborracho con mi dinero ¿entiendes?....no sutras chico....estoy ahora á mi gusto. Si el ron se acabase... ¡que pena! iría á buscarlo ...al centro de Africa y .. no me dés consejo porque....te pego el puño. ¡Mal

rayo ... El hipo del borracho y la lengua pesada y torpe le impedían hablar y ya sus palabras no eran más que ronquidos inarticulados, acompañadas de crujidos de dientes. Carré lo arrastró como pudo hasta el balcón de una casa vecina para impedir fuese estropeado y se alejó de aquel desgraciado que había acabado por dormirse roncando como un bárbaro. Carré anduvo algunas calles desiertas y automáticamente caminaba en dirección del ruido de guitarra y canto que ya había escuchado. Al fin detrás de una empalizada enmedio de un patio vió luz en una vieja casa de la que salían risotadas y murmullos. Empujó la puerta y entró. Algunos trasnochadores estaban agrupados en la puerta, y Carré se colocó tras de ellos tratando de mirar hacia el interior y acabando por preguntar el motivo de aquella algazara.

Eso es, le contestó un jovencito de cara pálida, eso es ni más ni menos que una fiesta de morfineros.

—Morfineros?

Sí; es decir, los que se inyectan morfina en la piel para tener el placer de estar siempre adormilados y estúpidos.

Pero.... ¿A tanto ha llegado el vicio?

No se asombre Ud. maestro: eso está de moda y no sé quien trajo aquí esa maldita costumbre Es una nueva llaga social que ha llegado hasta nosotros. Como si no tuviésemos bastante sarna para rascarnos. Mire Ud. el uso de la morfina ha llegado á apoderarse de todas las clases sociales y se detalla y se comercia con ella del modo más descarado. Se sabe perfectamente de muchos individuos que han llegado á reunir muchos cientos de pesos vendiendo papeletas de morfina. Ha cundido la degradación y la desvergüenza: familias que pertenecen á lo más granado de nuestra Sociedad, han visto con pena á uno de sus miembros dejarse arrastrar por el mal hundiéndose en un abismo de miserias, suciedad y abandono.

Rostros simpáticos, llenos de Juventud y vida, están desfigurados por los efectos de ese mal, envejecidos y abandonados parecen una caravana de pordioseros. Mire Ud. el morfinero: fíjese en su aspecto, vea que tipo más patibulario y repugnante. El pelo largo, larguísi-

mo, ropas destrozadas sujetas con cordones y cabullas; zapatos destrozados, estropeados los dedos de los piés que se exhiben por debajo como riéndose de su miseria están apostados en cualquier sitio, en cualquier esquina, esperando la ocasión de un modo inconciente. Dad á un morfinero un traje de casimir, hacedle bañar, vestidlo, raspadlo como una costra de suciedad, predicadle el abandono de ese vicio infamante y descuidaos cinco minutos. Cuando le volvais á ver, estará otra vez sucio, desgreñado y roto, arrastrando por la calle sus eternas chancletas porque lo ha vendido todo para comprar morfina y vendería su alma al demonio á cambio de una papeleta.

Si no tiene dinero, roba.

Yo he visto en las cárceles y los hospitales á estos miserables, llagosos, llenos de lepra, podridos, llenos de gusanos, apresado por haber robado una gallina ó una caja de fideos, y como han estado impedidos de su internal placer se han dado ó los diablos, jurando y maldiciendo como unos locos, dando gritos de dolor y desesperación. En aquellos momentos se me han figurado ser los condenados del infierno del Dante en la llanura de los sarnosos.

Es otro montón del estercolero humano. Oiga Ud. He conocido á un buen hombre casado con una muchacha de pocos años á quien adoraba. Durante una corta ausencia el hermano de su esposa la prostituyó indignamente y cuando volvió, su casa era una guarida de infames y morfineros. La esposa en cinta de su hermano huyó luego con otro amante y hoy es una cualquiera, una asquerosa baladrona llena de llagas, cochambrosa y repulsiva.

He conocido una madre que se inyectaba en unión de su hijo mayor y se han disputado una papeleta de morfina como dos fieras, arañándose peleando á las bofetadas, diciéndose indecencias é insultos y á todo esto, los dos desnudos; borracha la madre y borracho el hijo.

¡¡Miserables!! dijo Carré, pero....dígame ¿las autoridades no toman serias medidas para atajar esa corriente de degradación é infamia.

Es casi inutil maestro: por más que se ha hecho;

por más que se persigue, se encarcela y se castiga, siempre hay ejemplares, tipos del catálogo de la miseria social.

Carré no quiso oir más y se alejó en dirección á su casa con el espíritu fatigado.

Al día siguiente cuando á toda prisa, porque era bastante tarde yá, se dirigía á su trabajo encontró en el camino á Lebrón que llegaba descompuesto y nervioso. ¿Que pasa, que sucede?

Pues nada: que esta mañana se ha pretendido rebajarnos los jornales y nos hemos declarado en huelga.

¡Ah! canallas; siempre lo mismo, siempre el aceite la lucha eterna.

Un viejo, dijo Lebrón, que parece anacoreta y según me han dicho es artista llamado Salvatori, se subió al andamio y desde allí empezó á predicarnos una porción de cosas, entre las que sonaban las palabras "derechos del hombre" federación del trabajo "socialismo"..... ¡que se yó!

Y dices que quieren rebajarnos los jornales?

Si; y además imponernos condiciones para lo sucesivo.

¿Quién es el atrevido que así nos arroja el guante del desafío?

Asómbrate; uno que ayer se quejaba y pedía más que nadie, pero que hoy es uno de tantos: el maestro de la obra

Bribones! me parece no está lejano el día que podamos impedir se pisoteen nuestros derechos con tanto descaro. Saben que estamos desunidos, desorganizados y se nos ataca. En verdad que en la ocasión presente no nos queda más remedio que aceptar el combate.....pero no es ese el camino. Las huelgas, fáciles en su teoría, dan mal resultado cuando no se está preparado para afrontar una situación que se nos echa encima como un ladrón nocturno.

Alea jacta est....dijo César al pasar el Rubicón. Vamos allá.

Y echaron á andar en dirección de la fábrica.

En efecto, allí había agrupados una porción de albañiles discutiendo en voz alta, cerrando los puños, acalorados por el coraje.

¡Aquí está Carre! ¡Carré, Carré ven acá!
Mira lo que nos han hecho.
Que poca vergüenza.
¿Qué te parece?
Lo peor del caso es, que habiendo convenido nosotros no trabajar por lo que se quiere, los que más charlan y alarman han sido los primeros que han corrido donde Don Lucas á suplicarle, á humillársele y trabajar por lo que el quiera.
¿Así andamos? ¿A que grado de desvergüenza moral nos conduce la suerte?
Pues yo no cedo.
Ni yo.
Ni yo.
Ni yo.
Aunque me muera de hambre.
Aunque no tenga conqué mantener mis hijos.
Aunque embrolle y sea capaz de robar.
Bien compañeros: aceptamos la situación aunque es violenta, pero no dudo que en otra oportunidad contemos con más fuerzas para resistir los ímpetus de los poderosos. Nunca como en estas condiciones el ahorro desempeña su papel principal. La experiencia nos hará beber sus amargas aguas....¿se quiere guerra?.... pues guerra. ¡Viva el trabajo!
¡Vivaaaa! resonó como una sola voz, como un solo grito y no fueron las mujeres las que menos gritaban. Sin embargo una de ellas no gritó, no dijo nada y en su rostro se pintaba una ansiedad alarmante. Era Micaela que se colaba entre el grupo como una culebra buscando algo allí que necesitaba. Al fin se encontró con su amante y agarrándolo fuertemente de un brazo rujió por que no fué sonido humano como le dijo: Antonio, ven conmigo. Antonio se dejó arrastrar como un idiota por aquella mujer que le asustaba, dando y recibiendo empujones hasta que salió fuera del grupo internándose con ella entre los montones de ladrillos.
Al llegar á un extremo de una vieja empalizada que los albañiles no habian querido tumbar y que formaba como un callejón con las paredes del edificio. Micaela se detuvo y miró á Antonio de una manera feroz. Antonio, le dijo, ten presente que la tarde aque-

lla que cedí á tus instancias por majaderías tuyas, nos estaban mirando y estoy gravemente comprometida.

¿Quién nos vió, Micaela?

Pues....mi hija Lucía y me dijo con bastante atrevimiento que iba á decírselo á Juan Pedro.

Bah, Micaela, ¿quién hace caso de los muchachos?

¡Sí! Gritó ella; lo hará porque la conozco demasiado y es preciso evitar á todo trance que eso suceda.

Evitarlo....¿para qué? son apreciaciones tuyas sin fundamente. Tú estás loca.

Sí, es verdad que estoy loca, pero loca de rabia, de soberbia, con esa mocosa que se atreve ponérseme de frente.

Micaela, cálmate; te molestas sin motivo; no hay necesidad para tanto, me parece que Lucía no se atreverá.

Si que se atreverá; te repito que la conozco mucho, y no es cosa de que yo me comprometa, y que Juan Pedro nos mate.

Matarme ¡oh no! y Antonio abrió con espanto los ojos y se puso pálido.

¿Tienes miedo?

No, pero....

Pero....¿qué?

Me vuelves loco Micaela, ¿qué quieres que yo haga?

Y me lo preguntas....pues por si no te lo habías imaginado, voy á decírtelo. Y Micaela miró á todos lados con los ojos inyectados en sangre y aproximando su boca al oido de su amante, le dijo sordamente: Mata, mata á Lucía.

¡Matar á Lucía! ¡oh Dios mio! Micaela, Micaela ¿qué has dicho ¿es posible que te olvides de que esa niña es tu hija; tu hija, que has guardado en tu seno y amamantado á tus pechos; tu hija, pobre é inocente criatura que no sabe, no conoce la mujer que tiene por madre y que pretende, que quiere sea yo....

¡Silencio! gritó Micaela; cállate Antonio porque no sé lo que haré: sería capaz yo misma de matarte á tí, y á ella también. ¡Cobarde!

No, no soy cobarde, pero todo mi ser se ha rebelado, espantado ante semejante idea.

Por eso, por eso mismo; porque eres un cobarde, porque no te atreves hacer lo que te digo.

Pero Dios mio ¿es posible eso? no comprendo.... me parece no eres tú quien habla; por mas que hago no puedo comprender como una madre pretende que se mate una hija suya. ¿Eres mujer ó hiena?

No sé lo que soy, ni tengo necesidad de saberlo, pero te repito que es preciso que se haga y lo harás porque entónces....

Entonces....¿que?

Entonces no cuentes mas conmigo y me querré con cualquiera otro que sea mas hombre que tú: casi estoy arrepentida de haberme entregado á tí el hombre mas gallina que he conocido.

No, no; eso no; si tú no me quieres me moriría de pena; todo soy capaz de arrostrarlo por tu amor y por poseerte y que seas mia: ¿ser tú de otro hombre? no; no puede ser, eso no, nó y nó.

Luego ¿consientes en hacer lo que te digo?

Pero abandona esa idea; no hay necesidad de asesinar á esa pobre niña. Cálmate porque ahora es ... ¿comprendes? .. estás con coraje... cuando te halles más tranquila....te espantarás de tí misma.

¡Espantarme yo! que poco me conoces: no soy capaz de espantarme de nada. O haces lo que te digo ó no cuentes más conmigo.

Pero decididamente estás resuelta á convertirme en un asesino de una niña inocente.

Sí, y me extrañas lo hayas dudado tanto tiempo; esa bribona me inspira un odio atroz y es preciso que la mates para salvarnos.

Pero Micaela, y la justicia de Dios y el remordimiento luego cuando vea yo mis manos tintas en esa sangre inocente.

Nadie lo sabrá y te repito que no admito réplicas. ¿Acabarás de decidirte?

Ah, Micaela, Micaela; el infierno se abre bajo nuestros pies; me siento horrorizado ante semejante crimen del que protesta mi conciencia, pero tú lo quieres; me arrastras y tu amor me condenará para siempre. Sea pues, ya que ese es tu deseo, y Dios tenga compasión de mí.

Antonio estaba conmovido y tembloroso; la voz se le anudaba en la garganta corriéndole las lágrimas sobre la piel de sus pálidas mejillas.

¡Vaya gracias á Dios, hombre! por fin te has decidido. Ya sabía yo.... y lo acercó hasta ella y lo besó en la boca.

El demonio ha debido reirse al escuchar aquel beso. Mira, continuó Micaela, te compras el cuchillo, lo amuelas bien, te llevas la mocosa esa al campo, la matas y la dejas tirada entre la yerba.

Al pronunciar estas terribles palabras la voz de Micaela no temblaba, ni sintió en su interior nada que la gritase ¡infame!

No era mujer ya, ni siquiera fiera, porque estaba muy por debajo de la más terrible pantera, ó la más selvática tigre. Era un demonio

Podrá ser mala cuanto se quiera una mujer, pero ante el sentido de la maternidad se detiene el vicio y las malas pasiones para dar paso á lo más sagrado y verdadero que existe sobre la faz de la tierra.

Lucrecia Borgia, la hija maldita del papa Alejandro VI y querida á la vez; amante de Giovamni Borgia, su hermano, salpicada por el vicio, la desvergüenza y el crimen, fué la más cariñosa de las madres.

Pero en Micaela no había germinado nunca en su ser, ese soplo divino ese amor incomparable lleno de abnegación y sacrificios, que se llama amor de madre.

Lo que estoy escribiendo, no es una mentira inventada por mí, ni un cuento, es la más pura verdad, verdad que yo no quería creer.

En Juana Diaz, lugar donde he desarrollado estos sucesos, me han referido cien veces la historia de este crimen. Todo el mundo la sabe de memoria.

Solo he cambiado el nombre de los actores de este drama terrible. Yo no podía creer que en nuestra querida Borinquen, hubiera nacido hiena semejante.

No hace muchos días me enseñaron esa desgraciada madre y no puedo explicar lo que sentí en mi interior. Confieso que desarrollar las peripecias de este crimen infernal, me cuestan un trabajo atroz porque me veo obligado á detener con frecuencia la pluma y contener los latidos del corazón que quiere sáltarseme

del pecho. Daría cualquier cosa por no seguir escribiendo pero....es preciso terminar ya que he empezado ... Esto me enseñará á no volver á meterme en líos.

Continuaremos: Micaela y Antonio continuaron luego dialogando en voz baja. Ella con calor y fiereza, él humillado, resignado y triste.

Luego aquel par de bribones salieron del rincon que había servido de teatro para concertar su infernal plan y se alejaron cada cual por distinto camino.

IV.

EL CRIMEN

Tres ó cuatro días después de iniciada la huelga de los albañiles Don Lúcas se paseaba por la extensa galería de su casa con cara de mal humor y gesticulando como un loco.

Un criado se le acercó con aire de temor y le entregó una tarjeta. ¿Ha llegado yá? preguntó con interés.

Si señor, respondió el doméstico.

Bien; retírate y que no se me moleste.

Entró en su despacho. Allí le aguardaba un hombre de aspecto repulsivo y cara enflaquecida, con cierto aire de gente de sacristía.

Caballero!

Muy buenos: tenga la bondad de sentarse.

Con permiso.

¿Es Ud. periodista?

Lo he sido en algunas ocasiones y soy en la actualidad Director del "Heraldo del Trabajo."

Bueno; soy un hombre de pocas palabras y me gusta ir derecho al bulto. Supongo estará Ud. enterado de la huelga de albañiles que trabajan en mi casa; huelga que perjudica notablemente mis intereses.

Lo sé, y me he apresurado á ponerme á sus órdenes.

Ud. como obrero, continuó don Lucas, debe conocer á fondo la índole del carácter de sus compañeros. Pues bien, tengo necesidad que Ud. escriba en el sentido de que yo tengo razón y hacer que esa gente trabaje por lo convenido últimamente. Necesito pues, humillar su arrogancia.

Está bien; le prometo será complacido en todo; son gentes estúpidas que no saben lo que se pesca y á quienes puedo engañar con la mayor facilidad.

Me han dicho que es Ud. sagaz, dijo don Lucas, y espero salgamos victoriosos de lo que nos proponemos, y como via de anticipo, voy á hacer á Ud. una pequeña manifestación de mi aprecio, prometiéndole otra dádiva mayor para cuando hayamos triunfado. Abrió un cajón y sacó dos paquetes de dinero diciendo: aquí tiene Ud. cien pesos.

¡Oh Don Lucas, con esto hay bastante; no hay necesidad de más. Estoy satisfecho ...demasiado ... ya tenía yo conocimiento de su generosidad ...muchas gracias ...decía aquel sinverguenza, con risita plegada y fría, iluminada su cara de fraile por aquel montón de pesos.

Con permiso de Ud. voy á retirarme, para empezar la campaña.

Bien, caballero y cuente conmigo para todo.

Y aquellos dos canallas se dieron las manos.

A los dos dias de esta entrevista un grupo de obreros comentaba el artículo del "Heraldo del Trabajo" no comprendiendo lo extraño de semejante doctrina. Después de todo no tenía nada de extraño porque desde que Esaú vendió á Jacob su primogenitura por un plato de lentejas, ha habido hasta hoy muchos bribones que se han vendido en más ó menos iguales condiciones. Algunos hombres conozco yo que poco le falta para escribir un letrero diciendo: "Se alquila esta conciencia." Cuadraría mejor si dijese: "Se alquila un infeliz."

Carré llegó en aquel momento con un papel en la mano y sin hacer caso de las indicaciones sobre el artículo del "Heraldo," dijo

Compañeros, aunque es por demás difícil nuestra situación, suplico á Uds. contribuyan con lo que puedan para un acto de caridad. Un artista de corazón, un verdadero hijo de Apeles y Euterpe, ha muerto ignorado y oscuro en un rincón de su rancho de yaguas, solo y abandonado.

¿Se llama Salvatori?

Sí.

¿Y de qué ha muerto?

De nada ...¡de hambre!

¡Oh!

Sí; los perros de la calle encuentran un hueso que roer; el animal más inmundo masca un manojo de yerbas, ó le arrojan las sobras de cualquier cocina, y un hombre ha muerto de hambre enmedio de los otros hombres. Una lavandera me comunicó el estado de aquel pobre hombre, pero cuando llegué, ya era tarde. Estaba tendido en el suelo y con el estertor de la agonía, aferrado á su ser. Cuando me vió, abrió desmesuradamente los ojos y su barba blanca se levantaba á impulsos de los esfuerzos de aquella boca que besaba la muerte. Tenía fuertemente abrazados un viejo violín y una paleta de pintor como reliquia sagrada, únicos testigos de su asarosa vida y que ahora también eran testigos de su muerte. Solo pude entender algunas palabras, decía: ¡El arte, el arte .. ellos ... Fortuny ... Rosales ... Weber Shubert .. Meisonnier.... la gloria la muerte .." Parecía querer decirme algo. Yo contemplaba aquella frente surcada de arrugas debidas quizás á la desgracia y á la miseria. Tal vez aquel hombre deseaba en los últimos albores de su vida, un corazón amigo donde vaciar todo un album de recuerdos dolorosos toda una etapa de agitada vida artística ... pero pronto sus ojos se vidriaron, y la rígidez de sus miembros acusaron su último suspiro. Aquella boca quedó abierta como si pidiese un pedazo de pan....

Carré guardó las pocas monedas que pudo adquirir de los exhaustos bolsillos de los huelguistas y se alejó en busca de nuevas dádivas para enterrar al viejo artista.

Los obreros continuaron comentando á su manera el dichoso artículo del "Heraldo del Trabajo."

Parece mentira, decía uno de ellos, lo que adivino tras de esta palabrería hueca que sino tiene nada de saludable, tiene mucho de intencional.

Cualquiera diría, murmuraba otro, y más claro no canta un gallo que nosotros, al decir del periódico este, no tenemos razón y que debemos ir á pedir perdón al bribón de don Lucas, por habernos declarado en huelga.

Vaya una cosa y un modo de decir.

Pero en suma ¿quién es el Director del "Heraldo"?

Cualquiera, menos uno que siente con dignidad, las necesidades porque atravesamos y sea capaz de intentar aliviarlas.

Pero....¿cuando habrá vergüenza en esta tierra?

Muy pronto, chico; el dia del juicio por la tarde.

Bueno pero, vamos á cuentas.

No te rompas la cabeza Pepe; mira, hay tipos para todo. Hay quien se erige en representante de la clase obrera, y quien se proclama su salvador para adquirir renombre y darse mucho pisto sin títulos ni méritos para ello. No es el primero que, desautorizado ante la opinión pública proclamado poco menos que como un bandido de levita, no pierde la ocasión de agitarse como un energúmeno y aprovechar todas las ocasiones para vivir á costa de todo. Son capaces de almorzar con la malicia, cenar con la hipocresía y dormir con la desvergüenza, y todo, á nombre de la clase obrera, á nombre del pueblo, á nombre de sus derechos. El Director del "Heraldo del Trabajo" es una muestra de esta hermosa colección de pícaros. Me atrevo apostar doble contra sencillo que anda aquí en este asunto, el dinero del viejo D. Lucas.

¿Qué va á ser de nosotros?

Lo que hemos sido siempre; el que no quiera naufragar que se acuerde de no perder la vergüenza; esta es una señora que una vez perdida, jamás vuelve á encontrarse.

Pero no te digo....

Pues no me digas.

No hombre, no; te decía que no es eso solo; ver á muchos de los nuestros gritando tanto y gesticulando como locos, escupiendo como se dice por el colmillo, pues han sido los primeros en cuanto les picó el hambre, que han corrido á casa de D. Lucas á llorarle y decirle que ellos trabajan por lo que él quiera.

Claro; esos son los más.... iba á darles otro calificativo pero les doy el de infelices; hay veces que se me va la lengua... y me paso.

Pasate cuanto quieras; todo es poco para flajelar esa pandilla de cobardes.

Nos estamos exaltando y á todo esto no hemos discutido con calma nuestra situación; no podemos continuar así y es preciso que pongamos sobre el tapete de las hipótesis, algo que pueda sanjar diguamente este asunto que tiene cara de seguir de largo.

Lo que se intenta es hacernos rendir por hambre.

Eso lo veremos.

Sí: lo veremos, pero.....

¿Pero... qué?

Nada: que entremos y veamos el medio de entendernos.

Sí, sí, entremos.....¡ah! esperen un momento; vengan Uds. acá. Allí parece que pasa algo porque veo correr gentes y la policía acompañada de su querido esposo el Juez, se prepara para algo que ignoramos nosotros.

En efecto chico; ¿qué será?

¿Estará Atila á las puertas de Roma?

Vamos á enterarnos.

Pero señores, sospecho que eso no nos importa y no puede tener más interés que el asunto que discutíamos.

Hay lugar para todo, mira, mira; allí un guardia trae preso á un hombre con una récua de chiquillos detrás. ¿Quién es ese hombre?

¡Quien vá ser! Paco el morfinero que lo llevan á la cárcel en amorosa unión con dos gallinas.

Con seguridad que no habrá robado para comer.

Eso se sabe; bueno, pero allí, allí, es lo que necesitamos saber que sucede.

Angelito; vete á la Alcaldía y ven corriendo á contarnos lo que pasa.

Angelito echó á correr y á los dos minutos volvió fatigado y sudoso, sin poder hablar apenas.

Vamos; cuenta.

Ca...ramba....es.. peren que....me calme.

No hubo más remedio que dejar que el chico cogiera aire, y pudiera hablar. Al fin dijo

Lo que pasa es gordo: estaban diciendo allí, que Lucía una hija de Micaela la mujer de Juan Pedro, la han encontrado muerta en el Campito, con una tremenda puñalada en el pescuezo.

¡ Jesús !

¡ Qué barbaridad !

¡ Matar una niña ! ¿ Quién habrá sido el bárbaro?

Eso está un poco confuso

A doña Justicia le toca llevar vela en ese entierro.

¡ Quién será el infame !

No lo sabemos por ahora pero algún día lo sabremos.

Sinó queda eso oculto como muchas cosas.

Pero por más que me fatigo, la cabeza, no puedo atinar.

Lo que si sabe aquí todo el mundo es que la Micaela esa, se la pega á Juan Pedro, con un jibarito llamado Antonio.

Eso es viejo chico; la noticia no es nueva para nadie.

No digo que sea nueva José Miguel, lo que digo es lo que todo el mundo sabe. ¡ Las cosas tuyas !

Bueno, hombre bueno, no te incomodes por tan poco.

No me incomodo pero me molestas con tus salidas.

Se acabó ; ¡ah! miren tanta gente que viene de allá.

Parece que traen la muertecita.

¡ Que gentío ! es una procesión.

Van para el cementerio.

Yo voy à verla.

Y yo.

Y yo.

Y yo.

Y acabaron por irse todos, uniéndose al tristre entierro. En efecto, dentro de una especie de cajón con honores de ataud estaba colocado el ensangrentado cuerpecito de la pobre Lucía. Un hombre del pueblo conducía sobre los hombros el cadáver.

Aquel hombre era Antonio.

Antonio que hacía esfuerzos supremos por fingir.

Estaba horriblemente pálido.

Caminaba despacio con los ojos bajos.

Parecía profundamente abstraido.

Tal vez sentía penetrar hasta sus huesos el hielo de la muerte que le comunicaba el cadáver de su víctima.

Tal vez estaba arrepentido.

O asustado.

O tal vez maldecía en su interior, lo horrible de aquel amor que le había empujado al crimen.

Quizás se consideraba débil.

O experimentaba un orgullo salvaje porque había realizado el feroz deseo de su amante.

Se había visto pequeño ante ella y había querido igualarse hacerse digno de aquella infame mujer.

La debilidad igualada al crimen en su mayor expresión.

No es un fenómeno dudoso;

Un demonio encerrado en la estructura de la más bella obra de la naturaleza, ejerce bajo la influencia del amor; una dominación, más influencia que la presta Satanas sin duda, sobre un amante que se siente arrastrado, dominado, seducido por el poderío de aquella mujer.

Y aquel amante se convierte en un esclavo capaz de acometer los más grandes ridículeces por poseer siempre lo que llega á constituir una necesidad á su ser.

Entonces no es un hombre; es un idiota.

Pero un idiota que no titubea en salpicarse con sangre, si siente en sus manos un puñal que le dá la mujer porque lo sacrificaría todo, y una voz que le dice ¡mata!

Sinembargo, no se trata de un fenómeno fijo.

La debilidad ataca como la polilla, las maderas son resistentes.

Es patrimonio de los hombres, y de los hombres graves que es lo peor.

¿Quién sabe acaso lo que puede influir una mujer en el ánimo de un hombre débil?

La fuerza y el valor muchas veces flaquean ante los ojos de una mujer hermosa.

Sansón en brazos de Dalila.

Muchas veces la suerte de un pueblo ha estado bajo el dominio de una mujer.

Esa mujer puede dignificar un hombre ó cubrirle eternamente de baldón.

Arrastrarlo ante la picota de la opinión pública, ó salvarlo de las maldiciones de las víctimas.

Tengo por costumbre no censurar acciones de nadie, sino someterlas bajo un principio filosófico, sacando de ese principio todo el mejor partido.

Siendo yo muy niño, como que contaba apenas diez años de edad, ví á un hombre llorar ante una mujer suplicándole un amor que ella no quería concederle.

Aquel hombre me inspiró un desprecio atroz.

Tengo ahora veinticinco años, es decir, no los tengo porque los he perdido, toda una juventud agostada en arrastrarme sobre el polvo de la vida, tras de esperanzas irrealizables y mentidos sueños de artista pobre, errante y vagabundo, y siempre que recuerdo las censuras de que hice objeto á aquel pobre amante que lloraba, me vitupero amargamente esa lijereza de niño.

Por lo demás, siempre habrá mujeres fuertes y hombres débiles.

Y mujeres débiles y hombres fuertes.

La lucha interna.

Ese es el mundo.

Antonio llegó al cementerio y tras él, la muchedumbre de curiosos que se empujaban por penetrar unos primeros que otros, envueltos entre una nube de amarillento polvo y ese rumor sordo, insólito, que acompaña á todas las procesiones.

El pequeño ataud fué colocado sobre la mesa de las autopsias y un hombre levantó la tapa.

Cien ojos cayeron sobre el cuerpo de la pobre Lucía.

Estaba horriblemente mutilado.

Tenía una espantosa herida en la parte del cuello, de la que todavía manaba sangre.

Los ojos asustados y la boca contraida parecía conservar la expresión de sorpresa, como si no comprendiese aún la idea de su muerte.

Antonio volvió la cara pero instintivamente y como empujado por una fuerza de extraña atracción, volvió á mirar su víctima.

Entonces no pudo contener un movimiento de horror, y se extremeció.

Aquel movimiento no pasó desapercibido para algunos de los circunstantes

Entonces el grupo se abrió y apareció el juez frío y severo, acompañado de dos guardias.

Se dirigió hácia Antonio y señalándolo á los guardias, dijo: Aten á ese hombre.

A mí, á mí, arguyó Antonio, ¿por qué . . . por qué?

Pero su voz balbuceaba, y su turbación le vendía.

Sí, á tí, dijo el Juez, á tí que no te acordaste de que Dios proteje las inocencias; la hermana de tu víctima ha visto, escondida entre unas yerbas, cuando mataste á Lucía.

Antonio no pudo más y abriendo los ojos como un loco, gritó: ¡Sí, sí, yo he sido, yo la he matado, pero yo solo, no le hagan nada á Micaela, castíguenme á mí...á mí... que soy el único culpable....pero á ella no porque la quiero, porque no quiero que padezca.... que sufra....mátenme de una vez...soy un infame... tengo frío, ¡oh! tengo frío.

Los guardias ataron fuertemente á Antonio. La ola de carne abrió paso, volvió á cerrarse y siguió detrás camino de la cárcel.

¿Qué es eso? ¿qué pasa? se preguntaban las gentes durante el trayecto, corriendo á las puertas, abandonando sus ocupaciones por inquirir lo que pasaba.

Pues que Antonio ha resultado el que mató á Lucía.

¡De veras!

No me digas.

¡Ave María Purísima!

¡Quien lo hubiera creido!

¿Pero cómo se ha sabido?

Pues, parece que una hermanita de Lucía se escondió y vió cuando Antonio la degolló con el cuchillo.

¡Jesús, María y José!

¡Qué bruto, hombre, qué bruto!

Pero....¿por qué la mató?

Eso es lo que no se sabe, pero ya lo sabremos.

¡Qué barbaridad!

Antonio caminaba con la cabeza baja sin atreverse á levantarla.

Tuvo que arrostrar durante el tránsito de aquella calle que para él era "calle de la amargura" las protestas de las gentes que odian el delito pero no compadecen al delincuente.

Al fin llegó.

Al acercarse á la cárcel se escuchaban en su inte-

rior gritos desgarradores como el de una víctima sometida al potro de la inquisición

Paco el morfinero preso algunas horas antes sentía ya la necesidad de inyectarse y se revolcaba sobre las frías baldosas como una miseria, arrastrándose como un perro, desgarrando sus harapos, inquieto, sintiendo el hormigueo de los gusanos en las llagas de que estaba cubierto su crapuloso cuerpo; llamando á Dios unas veces, maldiciéndolo otras, pidiendo la muerte entre gemidos dolorosos como único medio de poner fin á sus tormentos Aquel trapo sucio de la humanidad permaneció insensible, importándole poco la llegada de un nuevo criminal.

Antonio fué encerrado en un calabozo de incomunicación. Cuando la pesada puerta de hierro volvió á cerrarse rechinando sobre sus goznes y el carcelero se alejó sonando las llaves al andar, Antonio se echó al suelo como una masa que se desploma y acurrucado en un rincón del oscuro calabozo, lloró, maldiciendo la hora en que vino al mundo.

Algún tiempo después, volvieron á sacarle de la cárcel, atado fuertemente con esposas, destinado á la ciudad de Ponce.

Micaela le acompañaba, presa también.

Ella á caballo, él á pié.

Los dos tranquilos, hasta descarados.

No se notaban en sus rostros ninguna huella de dolor ó arrepentimiento.

Creían que ya no les quedaba mas que hacer gala de frescura.

Antonio se desvivía por atender solícito y cuidadoso el caballo que montaba su cómplice.

Las bocacalles estaban atestadas de curiosos.

Al fin se pusieron en marcha aquellos desgraciados sobre los que gravitaba un estigma infamante. Algunos dias después tornó Micaela á Juana-Diaz completamente libre. Antonio se declaró el único culpable, asumiendo todo el peso de la justicia por salvar á su amante.

Todavía llevó hasta lo ínfimo la fatalidad de aquel amor maldito, y fué condenado á cadena perpétua.

No quiero prolongar más estos detalles porque en verdad me repugnan.

Hacen ya ocho ó diez años de este crimen y todavía se recuerda aquí y se cuenta, como si hiciesen pocos meses.

Ultimamente he interrogado á un natural de este pueblo acerca de la suerte de aquel infeliz y me dijo: Antonio murió en el presidio de Ceuta.

Dos meses después de este suceso, una mañana fresca, llena de sol y alegría, salía de la Iglesia, del pueblo una enamorada pareja de obreros que acababan de sellar eternamente sus protestas de amor. Luisa y Lebrón estaban casados.

El padrino de la boda era Carré; Carré que había llevado como siempre su sacrificio á la altura de su nobleza, contribuyendo á unir aquellos dos corazones.

Al llegar á la casa de los novios, Carré con voz temblorosa, emocionada por sus esfuerzos dijo:

"Hijos míos: acabaís de desarrollar la segunda etapa de la vida del ser humano. Sed felices hasta donde podemos serlo los pobres, porque tenemos como único tesoro, que muy pocas veces pueden adquirir las ricos el tesoro del amor y del sacrificio mútuo.

Educad vuestros hijos bajo los auspicios de la honradez y la libertad; encaminadlos por esa senda pobre pero digna; preparadlos para ocupar un sitio dentro del orden social y amor á sus semejantes, formadles corazón, hacedles ciudadanos dignos, que leguen á su patria, nuestra hermosa Borinquen, patria tan bella como desgraciada, todos sus esfuerzos, todos sus afanes, toda su sangre en pró del amor y la libertad del trabajo.

¡ Dios os bendiga !"

Era como un suspiro contenido por algo extraño que oprime el pecho, y fatiga el espíritu. Algo así, como el bosquejo de un sueño que continuamente punza la mente, anheloso de posar sus doradas alas sobre el altar de la verdad y el amor infinito, ante el que ha de arrodillarse la humanidad afligida, y sanar las llagas que ha abierto la maldad, el egoismo, la injusticia, el crimen y la envidia. Acá, abajo, un eterno combate, una eterna lucha; los seres humanos revolcándose co-

mo gusanos en la charca de la ambición y las mentiras, lejos de Dios, como podrido montón que insulta la fe. Allá, arriba, lo misterioso, lo que el alma fatigada y enferma pugna por comprender á veces intentando penetrar en la región de lo desconocido; una azulada concavidad llena de bellezas extrañas, y el sol paseando su disco de fuego, indiferente, alumbrando siglos y siglos las miserias del mundo.

¡Pobre humanidad!

LIBRARY OF CONGRESS
0 006 811 019 1